

DGCL

A

+ 156343

C. 1196491

R. 5071.

A. 2.

M. 1.

1855

La propiedad del Editor, y hay seña  
reservada en todos los ejemplares.

# El Romancero

DEL

CONDE-DUQUE.



IMPRESA DE FERRAZ Y OLIVERES.

---

---

*Es propiedad del Editor, y hay seña  
secreta en todos los ejemplares.*

---

---

El Honorable

DEL

CONDE-DUQUE.

---

IMPRESA DE IGNACIO OLIVERES.



**EL**  
**ROMANCIERO**

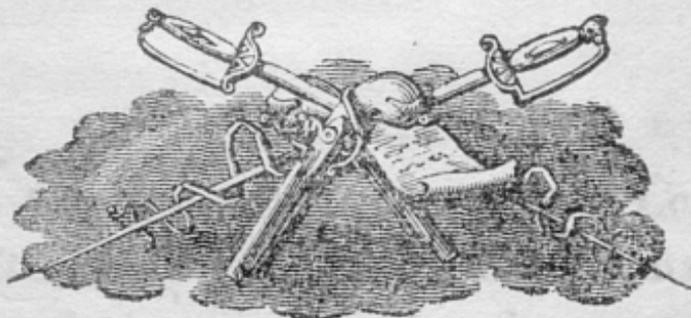
**DEL CONDE-DUQUE**

ó

**LA NUEVA REJENCIA.**

**POR**

*A. Ribot y Soutseré.*



**BARCELONA:**

**LIBRERIA DE IGNACIO OLIVERES.**

**CALLE ANCHA NÚM.º 26.**

**1842.**

1842

BOULEVARD

DEL CONDE-DUQUE

6

LA NUEVA REVISTA

FOR

P. Ribot y Compañía



BARCELONA

LIBRERIA DE KRUMHOLTZ Y COMPAÑIA

CALLE ANCHA NUM. 20

1842

# El Romancero

## DEL CONDE-DUQUE.

Con este título inserté en el *Constitucional* una colección de romances, íntimamente enlazados entre sí, como las escenas de un drama, y que se fueron sucediendo con ilación y dependencia consecutiva. Nuestra última época, al trasluz del egois-

mo que la caracteriza, nos permite ver á menudo rasgos caballerescos análogos á los que formaban el tipo de la edad media, é igualmente dignos de escitar el entusiasmo de los vates. Si á todos nos fuese dado hacernos cargo de las patéticas escenas de que ha sido testigo nuestra patria en su última contienda, que tan felizmente ha desenlazado un abrazo, por ventura no nos parecerian tan exajeradas las hazañas del Cid campeador y de Bernardo del Carpio. Pero la sociedad presente, menos amiga de la gloria que del oro, ha dejado pasar los hechos mas extraordinarios sin fijar la atencion en ellos, á no ser que hayan tenido alguna influencia en las subidas y bajas de las Lonjas.

El historiador que se encargue de legarla a la posteridad la época actual, acaso no empleará mas que una pincelada desdeñosa en las escenas que yo traté de pintar con toda su vida en mis romances. Estos, de consiguiente, son nada mas que un episodio de la época, un fragmento desprendido de la historia jeneral, un adorno arquitectónico que ha saltado de la fachada del edificio; pero este episodio es uniforme y homogéneo, goza de vida propia y puede persistir con independenciam de la accion principal; este fragmento separado del todo forma otro todo completo, y se aparta de la historia jeneral sin haber sufrido mas que una solucion de mera contigüidad; este adorno arquitectónico se despe-

ga del edificio solo y entero, sin desmoronarse, sin dejar en la fachada nada suyo ni llevarse consigo nada de la fachada. Mis romances forman una obra tan completa é independiente que nunca ponen á los lectores en la necesidad de volver la vista atrás para buscar el tronco de que se desgajaron.

*A. Ribot.*

Validos y fuertes honrestos  
Bien los indico en el punto  
Las libras y los cochinos  
Tantas lasas y venetas  
Grandes rindes y galones  
A las centinelas casacas  
Que les hacen los honores  
Pasau mil llaves de  
Mil porches y muros  
La ginta y tanto  
En una nación tan  
De oro y de  
Y con  
Entre  
En  
Bien en la corte  
Estas  
De un  
Y de otro  
En  
Pa

## ROMANCE I.

HABED cuidado, el buen duque,  
Ved que en Madrid hay felones,  
Y las zorras de la España  
Tienen cobil en la corte.  
Hoy en palacio se juntan

Validos y gentil-hombres;  
 Bien lo indican en el atrio  
 Las libreas y los coches.  
 Tantas fajas y veneras,  
 Grandes cruces y galones  
 A las centinelas cansan  
 Que les hacen los honores.  
 Pasan mil llaves doradas,  
 Mil bordados uniformes;  
 Da grima ver tanto fausto  
 En una nacion tan pobre.  
 De oro fino recamados  
 Y con ricas distinciones,  
 Entre oleadas de mendigos,  
 En berlina van los nobles.  
 Bien en la córte contrastan  
 Estas raras condiciones;  
 De un pecho cuelgan harapos  
 Y de otro cuelgan toisones.  
 Ha razon el pobre pueblo  
 En maldecir sus sudores,  
 Si el sudor que le esténúa  
 Alimenta á sus sayones.  
 Mirad cual van á palacios  
 Para añadir eslabones

A la cadena que el pueblo  
 Siempre tasca y nunca rompe:  
 Mas por ventura no todos  
 Tienen corazon de podre:  
 Magnates hay que no olvidan  
 Que los pecheros son hombres:  
 Paladines hay valientes  
 De distinguidos blasones,  
 Que en el palenque del pueblo  
 Son fuertes mantenedores.  
 El buen marques de Rodil,  
 Que en las provincias del norte  
 Fué el primero que de Cárlos  
 Logró humillar los pendones;  
 El conde de Peracamps,  
 Cuyo título de conde  
 Nació escrito con su sangre  
 En los laletanos montes;  
 Lorenzo, que abandonára  
 De América el horizonte  
 Para lograr en España  
 Su inmarcesible renombre;  
 El duque de Zaragoza,  
 Cuyas ilustres acciones  
 Son la página mas bella

De los fastos españoles,  
 Veterano, cuya gloria  
 Se escribió en oro y no en cobre,  
 Pues no pudo enmohecerla  
 La fetidez de la corte,  
 Y otros muchos jenerales  
 Y esclarecidos campeones,  
 Brigadieres, coroneles,  
 Tan bravos como leones,  
 Por la cruz de sus espadas  
 Juraron todos acordes  
 Defender de un pueblo heróico  
 Las santas instituciones.  
 El duque de la Victoria  
 Es entre todos el prócer,  
 Pues vencedor siempre ha sido  
 Cual su título supone.  
 El amor de todo un pueblo  
 De su mérito responde,  
 Es padre de los soldados,  
 Murmuracion de los nobles,  
 Blanco de todos los tiros  
 Que disparan en la corte,  
 Todos los dardos se embotan  
 En su firmeza de bronce.

Entre su espada y su gloria  
Sus rivales se interponen.....  
¿Quién ha visto los vencesjos  
Hacer frente á los azores?  
No lucharán cuerpo á cuerpo  
Sus enemigos feroces;  
Timidos son cual gacela,  
Pero cual sierpe traidores.  
Haced pues cuidado, Duque,  
Ved que en Madrid hay felones,  
Y las zorras de la España  
Tienen cobil en la corte.





Al parecer la nobleza  
 Asediada por la guerra abagada  
 De palacios y ciudades, no abastada  
 Que al pie del trono vejan, y abada  
 Fada la reina Christiana, y abada  
 Reina reñida, que tienes abada  
 La España á las pies sumida  
 ; Porque lágrimas de enojos abada  
 Humedecen las pupilas abada

El trono de san Fernando halla  
 Que ocupa en talis silla  
 Ha perdido por ventura abada

**ROMANCE II.**

El pedestal de la gloria  
 ; No le coronan honras abada  
 ; No le apuntalan y afirman abada  
 ; No le coronan de valientes abada  
 ; Que vencen de poder que libran abada  
 ; Que evita, pues, hoy abada  
 ; Tu felicidad, Christiana, abada  
 ; Porque el llanto del desecho abada

Ruesa, adañada y ceñuda  
 Sentada en soberbia silla  
 De su rejónto en el pavimento  
 Una mirada tan fija  
 Que taladra con los ojos

Al parecer la alcatifa ;  
Asediada por la chusma  
De palaciegos crecida,  
Que al pié del trono vejeta,  
Está la reina Cristina.  
Reina rejente, que tienes  
La España á tus pies sumisa,  
¿ Porque lágrimas de enojo  
Humedecen tus pupilas ?  
¿ El trono de san Fernando,  
Que ocupa tu feliz hija,  
Ha perdido por ventura  
El pedestal que tenia ?  
¿ No le custodian leones ?  
¿ No le apuntalan y afirman  
Bayonetas de valientes  
Que vencen dó quier que lidian ?  
¿ Que cuita, pues, hoy anubla  
Tu felicidad, Cristina ?  
¿ Porque el llanto del despecho  
Rusca cauce en tus mejillas ?  
¿ Miradla ! ; la que cercada  
De su réjia comitiva,  
Se alzaba cual entre icacos  
La ceiba de las Antillas !

¡ Miradla ! ¡ la que cazando  
Castigaba la campiña,  
Montada en un torbellino,  
Caballo de Andalucía !

¡ Miradla ! ¡ la que nos diera  
El decreto de amnistía,  
Que abrió las puertas de España  
A mil familias proscritas !

Madre de los españoles  
La llaman, y ella algun día  
Este título de madre  
Al de reina prefería.  
Mas de madre los deberes  
Desgraciadamente olvida.....

¡ Guay de ella, si de sus hijos  
El cariño se amortigua !

¡ Guay de ella, si desconoce  
Las doradas arterias

De los viles palaciegos  
Que la amañan y fascinan !

Ya de su gracia ha caído  
El héroe de mas estima,

Cuya espada no se mella  
Con los quites de la intriga:

El que con brazo pujante

Las circunstancias domina,  
Que aunque de Cristina pierda  
La privanza y la valía,  
Con doscientos mil guerreros  
Y una nacion que le admira  
Hará besar sus espuelas  
A cortesanas pandillas.

Por esto lágrimas surcan  
El semblante de Cristina,  
Por esto los palaciegos  
Armas de venganza afilan.  
Un hijo-dalgo, cubierto  
De cruces y de divisas,  
No adquiridas en la guerra  
Sino en la corte adquiridas,  
Viendo triste á la rejente,  
Con ratera hipocresía  
Finje que enjuga su llanto  
Y están secas sus mejillas.  
Y afectando con sollozos  
Una afliccion infinita,  
Dijó á la reina madre  
Estas palabras sentidas:  
— O reina, vuestra afliccion,  
Vuestros profundos dolores

De los vuestros servidores  
Traspasan el corazón.  
Echar otra vez al cieno  
Aun os es dado, señora,  
A la serpiente traidora  
Que acogisteis en el seno.  
Podeis con el poder mismo  
Que alzasteis sobre su cuna  
A un soldado de fortuna,  
Sepultarle en el abismo.  
Él es conde de Luchana,  
Es duque de la Victoria,  
Ninguno le gana en gloria,  
Nadie en títulos le gana ;  
Mas pues para levantarle  
Tuvisteis tanto poder,  
Igual le debéis tener,  
Señora, para humillarle.  
Y agora que tan ufano  
Se muestra y bravo en la guerra,  
Torne otra vez á la tierra,  
De donde salió, el gusano.  
De sus títulos de honor  
Despojadle y su nobleza ;  
Pronto, humillad su fiereza

Declarándole traidor.  
 —Sí, traidor, claman acordes  
 Los demas, pero Cristina  
 Tanto teme al conde-duque  
 Que rechaza la medida:  
 --Reina soy, más si su encono  
 Provocamos imprudentes,  
 Con sus soldados valientes  
 Hará ataud de mi trono.  
 Él es fuerte, y con su tropa  
 Que le idolatra entusiasta,  
 En este momento basta  
 A hacer temblar á la Europa.  
 Mirad... el cetro está inerte  
 En mano de mujer flébil,  
 Y es imprudencia del débil  
 Querer luchar contra el fuerte.—  
 Una voz ronca, terrible,  
 Que perfectamente imita  
 El toro cuando está en zelo,  
 En los artesones, vibra:  
 —¿No sois rejente de España?  
 ¿Vuestro cetro tan temido  
 Acaso se ha convertido  
 En un pedazo de caña?

Al conde-duque temeis,  
 Cual si él fuera el soberano,  
 Pues bien, poned en su mano  
 Vuestro cetro, y no os quejeis.  
 No os quejeis, porque si agora  
 Os es su influjo fatal,  
 Si su orgullo colosal  
 A toda la corte azora,  
 Culpa es vuestra, ¡vive Dios!  
 Le hicisteis subir tan alto,  
 Que ahora puede de un salto  
 Levantarse sobre vos.—  
 Calla, y la reina rejente,  
 Abandonando su silla,  
 A los circunstantes habla  
 Con resolucion altiva:  
 —Caballeros, desde hoy  
 Recobra él trono el poder;  
 Yo soy reina, y le haré ver  
 A Espartero que lo soy.  
 No habrá mas Dios ni mas leyes  
 Que mis órdenes supremas.....  
 Ya es hora, duque, que temas  
 La venganza de los reyes.  
 Escuchad, mis caballeros,

Pues todos lo sois; decid,  
 ¿Si se os provoca á la lid,  
 Despertareis los aceros?  
 ¿No respondeis? ¡desgraciada!  
 ¿Son mis campeones de leño?  
 ¿Dejareis que duerma el sueño  
 En su vaina vuestra espada?  
 ¿Dó estás, nobleza española,  
 Un tiempo de tanta fama?  
 Si hoy dejas sola á tu dama,  
 Está bien, lucharé sola.  
 Confiaba en vuestro valor;  
 Me hicisteis echar un guante  
 Que lo recojió al instante  
 El que llamamos traidor.  
 Id, cobardes cortesanos,  
 Que trabajais en mi mengua,  
 Tan valientes con la lengua,  
 Tan miedosos con las manos.  
 En palacio haceis alarde  
 De un valor que no teneis;  
 Alimañas, me perdeis;  
 Quitate, chusma cobarde.—  
 La chusma de palaciegos  
 Besa humilde la tarima,

Que conculca con sus plantas  
 La mal andante Cristina.  
 Solo queda en el estrado  
 Con la reina madre altiva  
 Un anciano encanecido  
 En cortesanas intrigas.  
 ¿ Quien es este ? ¿ por ventura  
 Tiene la hebra escondida  
 Que en tan vasto laberinto  
 Dará á Cristina salida ?  
 ¡ Ay de tí, reina rejente,  
 Si en él por azar confias !  
 De las zorras de palacio  
 Es la zorra mas ladina.





### ROMANCE III.

Junto á la reina rejente  
Una silla un viejo ocupa  
De sospechoso talante  
É hipócrita catadura.  
La piel, como si sobrara,

Sobre su frente se arruga,  
Y el arado de los años  
Sus secas mejillas surca.  
Es uno de aquellos entes  
Que en los palacios abundan,  
Constantes en los estrados  
Como sus mismas pinturas.  
Que requiebran á los reyes  
Con cuatro palabras chuscas,  
Cuatro lugares comunes,  
Cuatro frases que retumban.  
Diplomáticos les llaman  
Porque mienten con soltura,  
Y si no tienen talento  
Al menos tienen astucia.  
Ellos saben que los reyes  
Con su poder y su alcurnia  
Las debilidades sufren  
De las humanas criaturas,  
Y á satisfacer caprichos  
Por cálculo les ayudan,  
Y la mina del pecado  
Esplotan con travesura.  
Luego piden una gracia,  
Que nunca se les rehusa....

Mas no la piden, la exigen  
 Como recompensa justa.  
 ¡Que hacer un monarca entonces!  
 ¡Que es su poder que deslumbra,  
 Si un depositario tiene  
 De sus deslices y culpas!  
 ¡Si ha colgado de un secreto  
 Su corona y su fortuna,  
 Pues si se abriera una boca  
 Tal vez se abriera una tumba!  
 Reyes, no duerme el demonio;  
 Satanás no se descuida;  
 Sus vicegerentes manda  
 Y al lado vuestro pululan.

Tan cosido está á la reina  
 Ese anciano, que se juntan  
 Sus sombras en la alcatifa  
 De suerte que forman una.  
 Parece que los dos creen  
 Que hasta los muebles escuchan,  
 Pues en voz imperceptible  
 Este diálogo murmuran.  
 —Quiero daros un consejo,  
 Señora, que ha de servirlos,  
 Ni hay mas tabla de que asiros

Que la lealtad de este viejo.  
 —Confío en ella.—Primero  
 Es preciso que sepais,  
 Que solo necesitais  
 Tener un buen consejero:  
 —Uno solo?—No mas que uno;  
 Basta si aconseja bien...  
 Si os aconsejan mal cien,  
 Mas que cien vale ninguno.  
 Vuestra corte está infestada  
 De diplomáticos duchos,  
 Que aunque os dan consejos muchos,  
 Estais mal aconsejada.  
 Buscad un hombre de peso,  
 Que tenga sana intencion,  
 Contempladle el corazon  
 Con mas cuidado que el seso.  
 Que para á salvo llevaros,  
 Señora, en este momento,  
 Aun puede mas que el talento  
 El deseo de salvaros.  
 Vos seguís un rumbo incierto,  
 Y la borrasca es cruel;  
 Yo conozco un timonel  
 Para guiaros á puerto.

—Quién es?—Un hombre de pro.

—Dílo.—Cerca de él estais...

—Eres tú?—Lo adivinai;

Si, señora, este soy yo.

Escuchad: vos un error

Harto grave cometisteis;

Libertad al pueblo disteis...

Al siervo hicisteis señor.

Los pies pusisteis en falso,

Y os despeñasteis vos misma,

Que un trono siempre se abisma

Si no le afianza un cadalso.

En hora menguada os plugo

Sierva haceros de la ley,

El buen amigo del rey

Ignorais que es el verdugo?

—Pero...—Ya sé la intencion

Con que al pueblo os entregasteis;

Con astucia le amañasteis

Temiendo la usurpacion.

Necesitabais guerreros

Para á Carlos combatir...

—¿Lo podia conseguir

Sin dar al pueblo sus fueros?

¿Que le importa mi corona

A la democracia impía,  
Si nadie lucha en el día  
Por el bien de una persona?  
Tuve al leon que soltar,  
Y él se hizo soberano,  
Y hoy hará trizas la mano  
Que le quiera encadenar.  
Bien mis males considero,  
Y es imposible evitarlos;  
Por no estrellarme en don Cárlos,  
Me estrellaré en Espartero.  
—No es tan grande vuestro daño  
Que ya os deje desauciada...  
; Ah señora! una emboscada  
Es necesaria, un engaño.  
—Por Dios, habla mas despacio...  
—Bien, os lo diré al oído;  
Ya sabeis que estoy curtido  
En las cosas de palacio.  
Tanto zorro cortesano  
Como este palacio encierra,  
Con los hinojos en tierra,  
Los sombreros en la mano,  
No tienen mucho meollo,  
Ni os aman, segun se vé;

Vejetan á vuestro pié  
 Para hacer su desarrollo.  
 Mas yo no tengo ambicion;  
 Bese el cielo ó muerda el lodo,  
 Todo seré vuestro, todo,  
 Que os amo de corazon.  
 Os aconsejan los nécios  
 ; Vaya un consejo prudente!  
 Que al conde-duque hagais frente  
 Y le trateis con desprecios.  
 Son menguados ; vive Dios!  
 Señora, antes de la lid  
 Vuestros recursos medid...  
 ¿ No es él mas fuerte que vos?  
 Un ejército atesora  
 Que irá á la tumba por él;  
 Un pueblo entero le es fiel,  
 Besa su espada y le adora.  
 Y vos para defenderos  
 Teneis cuatro cortesanos,  
 Que hasta les tiemblan las manos  
 Al requerir los aceros.  
 —Di, ¿ que consejo me das?  
 —¿ Quereis que deje su puesto?  
 Pues para conseguir esto,

Levantadle un poco mas.  
 Quiero que se venga al suelo,  
 Pero por su peso mismo ;  
 Quiero que toque el abismo  
 Despues de tocar el cielo.  
 Devolvedle vuestra gracia,  
 Tendedle, señora, un lazo,  
 Luchad con su mismo brazo  
 Para hundir la democracia.  
 Que cuando ya al pueblo habreis  
 Puesto de nuevo el bozal,  
 Le faltará un pedestal  
 Al duque y le abatireis.  
 El mismo pueblo indignado  
 De traidor le acusará,  
 Y él mismo os ayudará  
 A Jerribar á un malvado.  
 Llenad su ambicion enorme  
 De empleos y perejiles,  
 Cruces conferidle á miles  
 Que tapicen su uniforme ;  
 Que si esto el ariete acalla  
 Que hate vuestra corona  
 ¿ Que importa de una persona  
 Hacer tienda de quincalla? »

En este plan del anciano  
 Cristina su triunfo augura,  
 Y la luz de la esperanza  
 Brilla en sus mejillas mustias.  
 Para atraer á Espartero  
 Forma varias conjeturas,  
 Y finalmente resuelve  
 Encontrarle en Cataluña.  
 El anciano que conoce  
 Que es la ocasion oportuna  
 Para pedir distinciones  
 A Cristina y gracias muchas,  
 Mil solicitudes hace,  
 Los ministerios abruma,  
 Y saca de sus consejos  
 Recompensas con usura:  
 No bien trascurren dos días  
 Que sus deudos se sitúan  
 En los mas pingües destinos  
 Que el mísero erario apuran:  
 Los políticos son esos  
 Que apego al trono simulan,  
 Y este apego es la careta  
 Con que su ambicion ocultan.  
 Reyes, no duerme el demonio,

Satanás no se descuida ;  
Sus vicejerenes manda  
Y al lado vuestro pululan.



Mucho a los unos agrada  
Y mucho a los otros indigna  
Para nueva inesperada ;  
Ni hay persona por curiosa  
Que no la eche de profeta  
Todos alegan razones  
Todos sacan comentarios  
Los pronósticos son varios  
Distintas las opiniones  
Los pareceres contrarios

### ROMANCE IV.

De boca en boca camina,  
Se propaga y eslabona  
La nueva de que Cristina  
Con sus hijas abandona  
De la corte la sentina.

Mucho á los unos agrada,  
Mucho á los otros inquieta  
Esta nueva inesperada ;  
Ni hay persona por cuitada  
Que no la eche de profeta.

Todos alegan razones,  
Todos sacan comentarios ;  
Los pronósticos son varios,  
Distintas las opiniones,  
Los pareceres contrarios.

Se miente con profusion  
Y se miente de mil modos,  
Y es tal la contradicción,  
Que nadie tiene razon  
Y creen tenerla todos.

Que de político y loco,  
Cual nos enseña el refran,  
Todos tenemos un poco,  
Y un niño que aun teme el coco  
Cree ser un Tayllerand.  
Cuenta Isabel pocos años

Y es débil naturalmente,  
Y su madre la Rejente  
Para hacerla tomar baños  
Dice que es fuerza se ausente.

Que en Cataluña hay raudales  
De agua pura y cristalina,  
Hay termas medicinales,  
Y hay habitantes leales  
A la ley... mas que á Cristina.

Por esto va á Barcelona,  
Que es la joya mas preciada,  
Que la España galardona,  
De los reyes estimada  
Mucho mas que su corona.

Pero el pueblo es muy sagaz,  
Lleno está de desengaños,  
Y conoce perspicaz  
Que es un pretesto falaz  
El pretesto de los baños.

Mil veces escarmentado,  
Teme la red encubierta,

Un golpe teme de estado,  
Y esclama: « Nación ¡ alerta!  
Que hay aquí gato encerrado.»

Porque hay córtes enemigas  
De la gloria popular,  
Hijas tan solo de intrigas,  
Que quisieran conculcar  
A los hombres como hormigas.

Malas leyes han formado,  
Contrarias á la nacion,  
Que á Cristina han alhagado,  
Y esperan por de contado,  
Que ella las dé su sancion.

Pero ella teme al guerrero  
Que en mucho su patria estima,  
Al indómito Espartero,  
Que estremece y mete grima  
Con la fama de su acero.

Y primero que sancione  
Leyes al pueblo contrarias,  
Es fuerza que el héroe abone

Sus tendencias temerarias,  
Y que su ánimo no encone.

En busca del adalid,  
De los bravos nata y flor,  
Quiere abandonar Madrid,  
Y emplear todo su ardid  
Para atraerle mejor.

A la rejente acompaña  
Distinguida muchedumbre  
De hidalgos, grandes de España,  
Y jente de otra calaña  
Que forma su servidumbre.

A su lado va Isabel,  
Bella como flor de mayo,  
La que está bajo el dosel,  
La que pisa el escabel  
Del trono del gran Pelayo.

Y va la infanta con ella,  
La tierna María Luisa,  
Viva como una centella,  
Cuyo rostro dulce risa

Perennemente destella.

De la infanta y la princesa

El mayordomo mayor

En pos va en una calesa,

Junto á la dama de honor,

De la Victoria duquesa.

Tambien con las reinas van

Intendente y tesorero,

De su guardia el capitan,

Médicos y capellan,

Tres ministros y un montero.

Dos azafatas se ven

Y á mas cinco camaristas,

Y lacayos mas de cien,

Delanteros, y tronquistas,

Tenienta de aya tambien.

Palafraneros, zagales,

Cargadores, y despues

Reposteros, mayoresales,

Guardaropas, y oficiales

Y mozos de guadarnés.

El corazon de Cristina  
De esperanza y miedo late;  
Y en sus ojos se adivina  
La pasion que la domina  
Y que su pecho combate.

Que cuando quisiera en tierra  
Ver revolcada la gloria  
Del duque de la Victoria,  
Cuya espada allá en la guerra  
Escribe sola su historia ;

Ve que hacina por su mal  
Trofeos bajo su planta,  
Y que afianza el pedestal  
De dó su gloria inmortal  
Hasta el cielo se levanta.

Mas rápido que un azor  
Un correo se abalanza,  
Y solo la vista alcanza  
A observar al rededor  
El turbio polvo que lanza.

Llega, no tarda un instante...

Y la reina madre altiva  
Muestra escrita en su semblante  
Una pena fulminante  
Que aterra á la comitiva.

¿Que atroz nueva acompañó  
Este correo lijero?...  
Oid.... ¡Morella cayó!  
¡Morella su sien hincó  
Bajo los pies de Espartero!



## ROMANCE V.

MORELLA, cuyos contornos  
 Tapiza apenas la yerba,  
 Con sus escarchas burlando  
 El sol de la primavera ;  
 Que cabalga en un abismo,

Y allá en el zenit ostenta  
 Su cabeza de breñales  
 Con las greñas de maleza ;  
 Que bien pudiera de cráneos  
 Formarse en lugar de piedras,  
 Si recojiera los huesos  
 De las víctimas que cuesta ;  
 Morella, fatal manida,  
 Dó la tortosina hiena  
 Con ensangrentados dientes  
 Atarazaba su presa ;  
 Un asqueroso retazo  
 Izó, á guisa de bandera,  
 Del manto rejio que cubre  
 A Carlos, rey de las selvas.  
 Allí vivieron tranquilas,  
 En traje de hombre las fieras,  
 Los despojos y carroñas  
 Repartiéndose sangrientas.  
 Y despeñando miradas  
 Desde las escuetas breñas  
 Contaban en la llañura  
 Sus víctimas venideras,  
 Á modo de hambrientos bñitres  
 Que acechan desde una cresta

En la falda del Pirene  
Del cazador la escopeta,  
Se creyeran al abrigo  
De asechanzas y sorpresas,  
Porque no es dado á los hombres  
Remontarse á las estrellas.  
Ignoraban que al que lucha  
De sus fueros en defensa,  
Le dá el águila sus alas  
Y el elefante sus fuerzas.  
El duque de la Victoria,  
Cuya poderosa diestra  
Si se levanta no cae  
Sin aplastar fortalezas,  
Con sus hazañosas tropas  
El muro altanero cerca ;  
Llega, amenaza, y sus hombros  
Encoje al punto Morella.  
Que el que en Segura y Aliaga,  
En Castellote y la Cenia,  
En Ares y en Peñarroya,  
En Alpuente y Cantavieja,  
En san Mateo, Uldecona,  
Y en Alcalá de la selva,  
Y en Flix, y en Begis, y en Mora,

Enarboló sus banderas ;  
 Pasa donde pasa el viento,  
 Lucha cual luchaba el Cesar,  
 Y el número de victorias,  
 Por el de batallas cuenta.  
 En él los pueblos confían,  
 En él las tropas esperan ;  
 Su pecho le dió Wasingthon,  
 Bonaparte su cabeza.  
 En torno suyo sus bravos,  
 Como una deidad, le encierran  
 En un sagrario de obuses,  
 Un templo de bayonetas.  
 Voraces miradas lanzan  
 Desde las altas troneras  
 Los rebeldes que en sus manos  
 Muestran ardiendo las mechas.  
 Luego braman los cañones,  
 Luego los morteros truenan,  
 Y á la muerte con la muerte  
 Bravos á bravos contestan.  
 El redoble de los parches,  
 El grito de las cornetas,  
 Relinches de mil caballos,  
 Rujidos de mil cureñas,

Horrible armonía forman,  
 Forman una voz inmensa,  
 Un concierto que desgarrá,  
 Sin pausas ni intermitencia.  
 El humo destierra el aire,  
 Levanta una valla densa ;  
 Se diría que las balas  
 Han de cejar sin romperla.  
 Un velo fúnebre tiende  
 Sobre la sangrienta escena,  
 Encubriéndola á los mismos  
 Que representan en ella.  
 Y solo de cuando en cuando,  
 Como espantoso cometa,  
 Una bomba destructora  
 Con sus crines de pavesas,  
 A los fieros combatientes  
 La carnicería enseña,  
 Al mismo tiempo que en ellos  
 Carnicería hace nueva.  
 Ya se arrastra entre despojos,  
 A manera de culebra,  
 Describiendo sobre el yelo  
 Una ancha faja sangrienta ;  
 Ya corta el humo y el polvo,

Y en la atmósfera revienta,  
 Y cae en lluvia de hierro  
 Hiriendo de mil maneras.  
 De repente el duro estruendo  
 De los combatientes cesa,  
 Y solo de los murientes  
 Se oye la voz plañidera.  
 Enmudecen las mil bocas  
 Con que bramaba Morella,  
 Y un silencio de sepulcros  
 En el campamento reina.  
 Por grados y lentamente  
 Se desvanece la niebla,  
 Que á las miradas de todos  
 Robó las altas almenas.  
 Queda en el aire una gasa  
 Que es cada vez mas lijera,  
 Y al trasluz de endebles mallas  
 El cuadro horrible ver deja.  
 Así al trasluz de un sudario  
 De fina y endeble tela,  
 Los contornos de un cadáver  
 Pálidos se transparentan.  
 El fuerte, desmoronado  
 Por las bombas, se asemeja

A un descarnado gigante  
 Que descubre su osamenta.  
 Y todavía orgulloso,  
 Como el toro que en la arena,  
 Cruzado de banderillas,  
 Aun amenaza y forceja,  
 En sus débiles adarves  
 Tremola bandera negra,  
 Y Espartero se sonrie  
 Despreciando su soberbia,  
 «Ceded, les dice, que es vana  
 Vuestra tenaz resistencia,  
 Y hoy os ofrezco clemencia,  
 Que os la negaré mañana.  
 ¿Qué teson por temerario  
 En mi teson no se estrella?  
 Aun hoy Morella es Morella,  
 Mañana será un osario.  
 Si quereis guerra, habrá guerra;  
 Mis soldados valerosos  
 Treparán como los osos  
 Por la inaccesible sierra,  
 Y subirán furibundos  
 A vuestros muros deshechos,  
 Los pies hincando en los pechos

De muertos y moribundos.  
Vuestras torpes pretensiones  
Os acreditan de fieras;  
Si vosotros sois panteras,  
Mis bravos serán leones.  
Meditad que vuestra suerte  
Escrita está y decidida;  
Para hoy os guardo la vida,  
Para mañana la muerte.»  
No dice mas: los rebeldes  
Contemplan su tumba abierta,  
Y conocen que es inútil  
La resistencia en las brechas.  
En vano sangrientos frailes  
Con ascética elocuencia  
Les hostigan al martirio,  
Y en nombre de Dios les vedan  
Que desamparen un punto  
Que Dios confía á sus diestras.  
¡En vano! que aun no apagadas  
Las mechas sus manos sueltan,  
Y antes que ser prisioneros  
Fuga difícil intentan.  
¡Miseros! las leales tropas  
Su retirada interceptan,

Y entre ellas y sus contrarios  
 Espaciosa tumba ahuecan  
 Mochilas, armas hacinan ;  
 Rompen, destrozan, degüellan,  
 Y con mutilados cuerpos  
 Forman sangrienta barrera.  
 ; Victoria! claman, y luego  
 Se eclipsa la negra enseña,  
 Y ondea el pendon del libertad  
 En los muros de Morella.

Un correo se dispara  
 Que un huracan no siguiera,  
 Y á la corte participa  
 La tan suspirada nueva.  
 Este correo es el mismo  
 Que derramó de la reina  
 En el corazon altivo  
 Toda la hiel de la pena.  
 Mas ella, cohonestando  
 Su negrísima tristeza  
 Con una risa mas triste  
 Que una lágrima de veras,  
 De su anciano consejero  
 Las lecciones no desecha,  
 Y por esto al gran caudillo

Galardona con largueza  
 Le confiere el toison de oro,  
 Le colma de honras, y agrega  
 A sus titulos brillantes  
 El de duque de Morella,  
 Mas ¡ay! no son esos timbres  
 Los que alhagan y desvelan  
 Al que consagra á su patria  
 Su brazo con su existencia  
 Que llenos de distinciones  
 Viles tiranos se encuentran  
 Que en sus hermanos remachan  
 Las insufribles cadenas,  
 Hay otra gloria mas dulce  
 Que nunca muere en la tierra,  
 Y embalsama la memoria  
 De aquel que sabe obtenerla.  
 Esta gloria forma un nombre,  
 No escrito sobre una piedra  
 Que la esponja de los años  
 Borra al cabo y nada deja,  
 Sino esculpido en los siglos,  
 Donde vive y se alimenta  
 Del recuerdo de los hombres  
 Que le admiran y veneran.

No consigue este renombre  
El valido que vejeta  
Adulando á los monarcas  
Y besando las diademas,  
Sino aquel que con su espada,  
Con su pluma ó con su lengua  
Procura el bien de los hombres  
Y emanciparles intenta,  
No tiene ocaso esta gloria  
Que, como Dios, es eterna,  
Y esta es la gloria que busca  
El vencedor de Morella.



De Madrid á Barcelona,  
En todo lugar y villa,  
La multitud se aglomera  
Para ver á la que brilla  
Con la española corona.

No consigue este renombre  
 El valiente que vejea  
 Adelantado á los toreros  
 Y desando las diademas,  
 Sino aquel que con su espada  
 Con su pluma ó con su lengua  
 Procura el bien de los hombres,  
 Y emanciparles intenta.  
 No tiene ócase esta gloria  
 Que, como Dios, es eterna,  
 Y esta es la gloria que busca  
 El vencedor de Morilla.



Y un chubasco de primavera  
 Tropas de nubes y resaca de mar  
 Que la facción de los reyes  
 Y se echó la culpa de la guerra  
 Mi y amigo de la memoria  
 En el mundo de la memoria  
 El indulto de la memoria  
 El pueblo a su reino del  
 Cada pecho es un yunque  
 Que Dios ha puesto en el mundo  
 En el reino de la memoria

### ROMANCE VI.

De Madrid á Barcelona,  
 En todo lugar y villa,  
 La multitud se amontona  
 Para ver á la que brilla  
 Con la española corona.

Van cubriendo la carrera  
Tropas muchas y esforzadas,  
Que la faccion es artera,  
Y su caudillo Cabrera  
Muy amigo de emboscadas.

Es indecible el afan  
Del pueblo, á su reina fiel ;  
Cada pecho es un volcan,  
Que Dios ha puesto un iman  
En el rostro de Isabel.

Este imán es su candor ;  
Brilla ella con su inocencia,  
Cual querubin del Señor  
Que ha formado un escultor  
De mármoles de Florencia.

Van, á modo de un torrente,  
Inundando los caminos  
Densas oleadas de jente ;  
Caballos, cual torbellinos,  
Llenan de polvo el ambiente.

Pasan coches á tropales,

Carrocines y galeras,  
Y ornadas de mil maneras  
Las mulas los cascabeles  
Ajitan de sus colleras.

Aviva los animales,  
Mientras atruena el oído,  
La voz de los mayores,  
O el arre de los zagales,  
O del látigo el chasquido.

El concurso alborozado  
En las carreteras crece  
Como un turbion animado,  
Y es tan grande que parece  
La emigracion de un estado.

En las ciudades á miles  
Se agolpan preparativos;  
Muchos símbolos altivos  
Carpinteros y albañiles  
Van levantando festivos.

Dó quier un arco triunfal;  
Ni hay violeta ni jazmin

Que esté en el suelo natal,  
Segura en el matorral  
Ni seguro en el jardín.

Toda flor va á tierra estraña ;  
Deja su sol y su sombra  
Y el rocío que la baña  
Para formar una alfombra  
A la majestad de España.

Apura el arte primores,  
Gracias muchas y escesivas,  
Y absorbe Isabel loores  
En un camino de flores  
Y una atmósfera de vivas.

Que al llegar al Aragon,  
Tierra en valientes fecunda,  
Se vierten con profusion  
Vivas á Isabel segunda  
Salidos del corazón.

Es franco el Aragonés  
Y no adula como esclavo ;  
Siempre se muestra cual es,

Independiente y cortes,  
Tan sencillo como bravo.

Mas constante que una roca,  
Para conseguir su intento  
Riesgos desprecia y provoca,  
Y siempre su pensamiento  
Está acorde con su boca.

Mas aunque sabe á sus reyes  
En todo tiempo acatar,  
Les odia si por azar  
Ellos no acatan leyes  
Y á la Virgen del Pilar.

Le placé ver á Isabel  
El entusiasmo que brota  
De aquel pueblo siempre fiel,  
Que revela quien es él  
Tan solo al cantar la jota.

Le place ver los balcones  
Tan ricamente colgados  
Que forman varias visiones  
Con sus tisús y festones

Y damascos recamados.

Le place ver donde quiera,  
 En toda aldea y ciudad,  
 Armoniosa variedad,  
 Y vencida con la cera  
 La nocturna obscuridad.

Nacen á su rededor  
 Pruebas de acendrado amor,  
 Obsequios no mentirosos,  
 Si no de mucho valor  
 Al menos muy afectuosos.

Que hasta un pobre campesino,  
 Viendo á las reinas tan lindas,  
 Las detuvo en el camino,  
 Y las regaló muy fino  
 Un tosco ramo de guindas.

Isabel lo recibió  
 Con agradable atractivo,  
 Y la infanta que lo vió,  
 Como es de jénio festivo,  
 Graciosa se sonrió.

Esta dádiva guardad,  
Isabel, como un tesoro,  
Y en mas su precio estimad  
Que si fuera un ramo de oro  
Que no probára lealtad.

De precio infinito son  
Las dádivas de un patán;  
No hay doblez ni adulacion,  
Que envueltos con ellas van  
Pedazos del corazon.

A las reinas de este modo  
Mil homenajes prodiga  
Gente franca y sin intriga,  
Que desahoga del todo  
El entusiasmo que abriga.

En todas las capitales  
Las campanas forman coro,  
Y sus lenguas de metales  
Asocian eco sonoro  
A los himnos nacionales.

Pero la reina rejente

Está triste y pensativa,  
 Y se muestra indiferente  
 A la algazara festiva  
 Como si estuviera ausente.

Con mil vítores la aclama  
 Sin cesar el pueblo entero,  
 Y en ella acíbar derrama,  
 Porque á la vez á Espartero  
 Vitorea por su fama.

Solo ocupa su memoria  
 Un continuo pensamiento;  
 Halló un rival de su gloria  
 Que la sirve de tormento.  
 El duque de la Victoria.



ROMANCE VII.

ZARAGOZA la leal,  
 La que defienden leones,  
 Tienes un nombre inmortal  
 Escrito por los cañones.

Las piedras de tus murallas  
 Son pájinas de tu historia,  
 Descripción de tus batallas,  
 Pirámides de tu gloria.  
 Eres tú la centinela  
 De las españolas leyes,  
 Porque dás, estando en vela,  
 Hasta el *quien vive* á tus reyes.

Aunque valiente blasonas  
 De tener hijos leales,  
 De tiranos las coronas  
 Sabes trocar en dogales.

¿Porque tu pueblo impaciente  
 Hoy se muestra y afanoso?

¿Porque hormiguea la jente  
 Inundando el ancho coso?

¿Porque en tus torres gigantes,  
 Como escaleras del cielo,  
 Hoy suben tus habitantes?

¿Les dió el águila su vuelo?  
 Todos aguardan un coche;

La hora prescrita sonó,  
 Pero se acerca la noche  
 Y el coche que aguardan no.  
 Se columbra en occidente

Un reluciente arrebol,  
 Y este arrebol reluciente  
 Es el sepulcro del sol.  
 De estrellas se salpicó  
 La bóveda obscurecida ;  
 ¿Son lágrimas que vertió  
 El sol en su despedida ?  
 Rabian los zaragozanos  
 Viendo la noche llegada,  
 Que de ministros villanos  
 Va Isabel acompañada.  
 Y estos ministros, temiendo  
 Que en medio de la algazara  
 Todo un pueblo con estruendo  
 Sus cuitas les eche en cara,  
 Entrar de día no quieren  
 En la gloriosa ciudad ;  
 Como ladrones prefieren  
 A la luz la obscuridad.

## II.

En las sombras proyectados  
 A lo lejos se adivinan  
 Bultos indeterminados  
 Que lentamente caminan.  
 Se van acercando y crecen,

Aumentan en apariencia;  
Nocturnas sombras parecen  
Que han tomado consistencia.  
Luego se oye de cien ruedas  
El tembloroso crujido ;  
Voces muchas, voces ledas  
Se asocian á este ruido.  
Ya las majestades entran  
En la ciudad siempre heróica.....  
; Como su rabia concentran  
Con serenidad estoica  
En el fondo de sus pechos  
Los ministros, que traidores  
Quieren pisar los derechos  
De los pueblos, sus señores!  
Para no ver los semblantes  
De los buenos ciudadanos,  
Que de entusiasmo radiantes  
Juraron « NO MAS TIRANOS ; »  
A la noche oscura piden  
Sus tinieblas funerarias,  
Pero la luz que despider  
Mil brillantes luminarias,  
A su pesar les enseña  
El rostro de aquellos bravos

Que ningun yugo domeña  
 Si no quieren ser esclavos.  
 A Isabel con entusiasmo  
 Saluda un perenne *viva*  
 Que bien se hermana al sarcasmo  
 Lanzado á su comitiva.  
 Cristina sufre tambien,  
 Y su corazon se enluta  
 Previendo que no en su sien  
 Habrá corona absoluta.  
 Que Zaragoza es valiente,  
 Y las tablas de la ley  
 Ver marchitas no consiente  
 Entre las manos de un rey.

## III.

Harto Cristina confiesa,  
 Sin que su boca lo diga,  
 Que la atmósfera le pesa  
 De la ciudad do se abriga.  
 La ciudad es un volcan  
 Que consume su alma fiera;  
 Como llamas de alquitran  
 Ve el resplandor de la cera.  
 Finje que está fatigada,  
 Y se va á su alojamiento

Donde abrasa la almohada  
Con fuego del pensamiento.  
Una orquesta celestial  
Acrece su enojo eterno,  
Cual música anjelical  
Oida desde el infierno.  
Y á los ministros maltrata,  
Satirizando sus yerros,  
Espantosa serenata  
De silvidos y cencerros.



## ROMANCE VIII.

### I.

EN Zaragoza no ignoran  
Que la rejente Cristina  
Contra la salud maquina  
De los pueblos que la adoran.  
Espantosa tempestad

Se va fraguando á lo lejos  
Con los infames manejos  
De ministros sin piedad,  
Que quieren menoscabada  
Ver la libertad querida,  
Con tanto ardor pretendida,  
Con tanta sangre alcanzada.  
El pueblo zaragozano  
Arde en un volcan de rabia:  
Tal un caballo de Arabia  
Que bebiendo el aire vano  
Las anchas narices hincha  
Y, como el mar en borrasca,  
Lanza espuma, el freno tasca,  
La tierra escarba, y relincha,  
Y cien vueltas da sin tregua  
Queriendo el freno romper,  
Porque ve cerca pacer  
Con algun rival su yegua.  
Impaciente el pueblo observa  
La ley, de que está celoso  
Y que se adquirió animoso,  
Pisada como vil yerba.  
Y al querer templar su pena  
Con sangre de los perjuros,

Sus impetus prematuros  
 El que le dirige enfrena.  
 Tiene el pueblo un director  
 Como un jinete el caballo,  
 Y es feliz, siendo vasallo,  
 Si el mismo se da el señor.

## II.

Mientras el pueblo murmura  
 Y se ostenta mas feroz,  
 Oye la imperiosa voz  
 Que sujeta su bravura:  
 «No tema el pueblo, no tema  
 Que se escatimen sus fueros,  
 Antes que su ley suprema  
 Huellen reyes altaneros,  
 Hollaremos su diadema.  
 Nuestras quejas á los pies  
 Dejemos de la rejente;  
 Con mesura y francamente  
 Hablemos, que lo cortés  
 No quita de lo valiente.  
 Si desoye nuestro ruego,  
 Si nuestra justa querella  
 En su corazon se estrella,  
 ¡Ay de tanto palaciego

Como la rodea! ¡ay de ella!  
 Guardemos nuestra ley santa  
 Cual nuestros antepasados,  
 Que con entereza tanta  
 Ni á monarcas, ni á prelados  
 Besarón nunca la planta.  
 Fieles al trono seremos,  
 Si es al pueblo el trono fiel,  
 Que uno por uno valemos  
 Lo que el rey vale, y podemos  
 Todos unidos mas que él.  
 No tema el pueblo, no tema  
 Que se escatimen sus fueros,  
 Antes que su ley suprema  
 Huellen reyes altaneros,  
 «Hollaremos su diadema.»  
 Calla el pueblo, y al momento  
 Sus diputados destina  
 Para ir al alojamiento  
 De la rejente Cristina.

## III.

— ¡Atrás! retirad los pies,  
 O saldreis, no os digo como.—  
 De esta manera cortes  
 Agasaja el mayordomo

Del pueblo á los diputados  
 Que con toda urbanidad  
 Le piden ser presentados  
 A la réjia majestad.  
 La diputacion se para  
 De repente, cual navío  
 Que á todo trapo se vara...  
 Aquel hombre es un bajío.  
 Es un bajío que se halla  
 Entre el trono y la nacion,  
 Banco de arena dó encalla  
 De los pueblos la razon.  
 Peñasco en la misma boca  
 Del puerto de la bonanza,  
 Siempre el pueblo en esta roca  
 Ve estrellarse su esperanza.  
 —Obrad con tiento y despacio,  
 Dijo un diputado fiero,  
 ¿Es infierno este palacio  
 Que tenga su can-cerberó?  
 Fuerza es pasar adelante,  
 Sabed que nos lleva aquí  
 Una mision importante.  
 —Podeis confiármela á mí.  
 —Perdonad si liso y llano

Os respondemos que no:  
 Nos manda aquí un soberano...  
 —Solo dos conozco yo.  
 —¿Dos no mas?—Dos solo encuentro  
 Y ¡vive Dios que es quimera  
 Estando los dos adentro  
 Traer su mision de afuera!  
 —Muy desacertado andais,  
 Mayordomo, si el señor  
 Solo en el trono buskais;  
 Hay otro mucho mayor  
 Que en palacios no se abriga  
 Y, aunque desnudo y hambriento,  
 Es mas fuerte que esta liga  
 De cortesanos sin cuento.  
 Es muy pobre, y sin embargo  
 Fuerzas sin fin atesora,  
 ¿De quien es no os haceis cargo?  
 ¿No le conoceis ahora?  
 —Le conozco.—Pues sabed  
 Que este soberano fuerte,  
 Este pueblo tiene sed  
 De venganzas y de muerte.  
 Este pueblo que dormia  
 Ha despertado altanero,

Y en una hiená bravía  
 Se trocó el mauso cordero.  
 Ha absorbido tantas penas  
 Que mas no puede absorber ;  
 Las celdillas ya están llenas  
 De la hiel del padecer.  
 Y devolver con razon  
 Hoy á sus verdugos jurá  
 Opresion por opresion  
 Y tortura por tortura.  
 Ya armada tiene su diestra  
 Y á la lucha se apercibe,  
 Sabed que la mision nuestra  
 Es el último *quien vive*.  
 Y creed que la rejente  
 Conjuraré desde luego  
 La borrasca, si consiente  
 Acceder á nuestro ruego.  
 Permitid pues...—No entrareis,  
 Es imposible.—Es preciso ;  
 Considerad que os perdeis.  
 —Yo mis órdenes no piso.  
 —¿ De este modo obstruís el paso  
 Al pueblo? ¿ no ois su grito?  
 ¿ Estais afiliado acaso

En ese bando maldito,  
Que de podre forma un muro  
Al rededor de los reyes  
Paraque en lugar seguro  
Puedan destrozár las leyes?  
¿Quereis al pueblo hacer guerra?  
Pues sabed que, á no tardar,  
Este pueblo echará á tierra  
La imájen con el altar.  
Descubre vuestra falsia  
Al trasluz de los amaños,  
Y ha de vengar en un día  
Los ultrajes de cien años.  
Esta víctima inocente  
Es justo que alguna vez  
Muestre radiosa su frente;  
La víctima será juez.  
Y entended que no hay quien tuerza  
Ni altere su plan trazado,  
Que ha de lograr á la fuerza  
Lo que no logre de grado.—  
Al mayordomo volvieron  
La espalda los diputados;  
La escalera descendieron  
Y al pueblo se dirijieron

Asaz tristes y acuitados.  
Y aguardaron en su azar  
Que llegase una ocasion  
Propia para encaminar  
La quejumbre popular  
A Cristina de Borbon.



Asas tristes y congozadas.  
Y aguardaron en su casa  
Que llegase una ocasión  
Propia para ensayarse  
Lo que siempre querían  
A Crisina de Borbon.



## ROMANCE IX.

De este modo á la rejente  
La diputacion habló:  
—En mal hora y torpemente  
El trono español cercó  
Una pandilla insolente.

En ocasion muy menguada  
Provocasteis el encono  
De esta nacion esforzada,  
Que pudiera con el trono  
Reduciros á la nada.  
Del pueblo no sabeis ver  
La inquietud y efervescencia,  
Y él os hará conocer  
Que al darle Dios su paciencia  
Le dió tambien su poder.  
Harto teme la nacion  
Los cortesanos intentos,  
Y no os pide sin razon  
Que negueis vuestra sancion  
A la ley de Ayuntamientos.  
Negádsela, y desde luego  
El pueblo os bendecirá;  
Quizá en él renacerá  
El entusiasmo de fuego  
Que amortiguándose vá.  
Insolente camarilla,  
Como boa con sus roscas,  
Os constriñe en vuestra silla,  
Que ya, cual brilló, no brilla  
Oro cubierto de moscas.

Que es de moscas el tropel  
 De cortesanos taimados  
 Que cercan vuestro dosel;  
 Van las moscas á la miel,  
 Y el trono es miel de malvados.  
 Su alma disfrazan impura  
 Con adulacion siniestra,  
 De su lealtad os dan muestra,  
 Y labrando su ventura  
 Dicen que labran la vuestra.  
 ¿Porqué el que mucho blasona  
 De ser vuestro servidor,  
 Vuestro alcázar no abandona?  
 En el campo del honor  
 La fidelidad se abona.  
 Entre esa chusma, decid,  
 De infames liberticidas,  
 Cuyo incienso es un ardid,  
 ¿Cuántos son los que en la lid  
 Se adornaron con heridas?  
 Siempre de la fimbria asidos  
 Esos soberbios señores  
 De vuestros réjios vestidos,  
 Se presentan aguerridos  
 No mas que en los tocadores.

Y si quereis afianzada  
 Vuestra corona tener,  
 Estad de bravos rodeada,  
 Que la corte debe oler  
 A pólvora y no á pomada.  
 Tampoco presteis audiencia  
 A las máximas insanas  
 De esos viejos de gran ciencia,  
 Que acaso deben mas canas  
 Al vicio que á la esperiencia.  
 Alagones y Torenos  
 En esta ocasion son vanos;  
 No busqueis sabios, si buenos;  
 Los Meternichs valen menos  
 Ahora que los Zurbanos.  
 En la lid no acreditados  
 Vuestros palaciegos todos  
 Se presentan tapizados  
 De las manos á los codos  
 De brillantes entorchados.  
 ¿Y entorchados han de usar?  
 ¿Dó los adquirieron? ¿como?  
 Solo los debe llevar  
 El bravo para tapar  
 Las roturas que abrió el plomo.

Que el que blasona de fiel,  
 En la guerra esclarecido,  
 Puestas por acero cruel  
 Mas cruces lleva en la piel,  
 Señora, que en el vestido,  
 Y sabed que esos campeones,  
 Veteranos infelices,  
 A cuyas nobles acciones  
 Vos debeis tantos blasones  
 Y ellos tantas cicatrices,  
 Os piden de su teson  
 En premio y de su lealtad,  
 Que guardéis á la nacion  
 La santa Constitucion,  
 Urna de su libertad.  
 Y este pueblo tan valiente  
 Que una ley se quiso dar,  
 Y la tuvo que comprar  
 De sangre con un torrente,  
 De lágrimas con un mar;  
 Este pueblo tan jigante,  
 Sin cuyas nobles hazañas,  
 De gloria Isabel radiante  
 No ocupáran en este instante  
 El trono de las Españas;

No permitirá, señora,  
 Que le trateis cual vil grey,  
 Que no por mudar de rey  
 Luchan los pueblos de ahora,  
 Luchan solo por la ley.  
 Si Carlos, ese tirano  
 Que *por la gracia de Dios*  
 El cetro quiere en su mano,  
 Hubiese hecho lo que vos,  
 Carlos fuera el soberano.  
 Por los reyes solamente  
 Su sangre vierten aquellos,  
 Que ignoran muy torpemente  
 Que los pueblos actualmente  
 Saben pasarse sin ellos.  
 Muchos sueños de ambicion  
 La voz pública os imputa;  
 No desterreis la razon,  
 Que al subir un escalon  
 Para haceros absoluta,  
 Desplegará su fiereza  
 El pueblo zaragozano,  
 Y caerán en una pieza  
 Quizás el cetro y la mano  
 La corona y la cabeza.

Antes de dar otro paso,  
Señora, pensadlo bien,  
Que si os obstinais, acaso  
Haya una lucha, un fracaso.....  
Veremos quien vence á quien.—  
Calla la Diputacion;  
Cristina feroz asesta  
Miradas de indignacion  
Que la sirven de respuesta.  
Su bella esperanza mengua,  
Y son tantos sus enojos  
Que paralizan su lengua,  
Mas ponen lengua en los ojos.  
Nada dice hasta que marcha  
La Diputacion, y fria  
Como una estatua de escarcha  
Mas tiempo persistiria,  
Si á su profundo estupor  
No la arrancase muy luego,  
Cerniéndose al rededor,  
El enjambre palaciego.  
La rejente se levanta;  
Eco es su voz de sus penas:  
«Puse en mal hora la planta  
En esta ciudad de hienas.

En mis tormentos se goza,  
 Oigo siempre su murmullo ;  
 Mas te juro, Zaragoza,  
 Que he de derribar tu orgullo.  
 Veo esta ciudad feroz  
 Como ve un reo una toga ;  
 Aquí un rey no tiene voz,  
 Y esta atmósfera me ahoga.  
 Si se aviene, como espero,  
 Al gran plan que concebi,  
 Por su desdicha, Espartero,  
 ¡ Ay Zaragoza de ti !  
 Voy á dejar al momento  
 Este pueblo rebelado,  
 Que este pueblo es muy violento,  
 No sufre golpes de estado. »  
 Aquel viejo socarron  
 Que ya en el tercer romance  
 Dió á la reina otra lección,  
 La dijo en esta ocasion:  
 — Es preciso á todo trance  
 El golpe de estado dar,  
 Poneos, Señora, en vela ;  
 Y pronto debeis marchar  
 A Barcelona, do hay mar

¿Lo entendéis? y ciudadela.



En el año de la guerra  
El día de la victoria  
En Castilla coronada  
Toda la flor de su reino  
Por punto de guerra



Junto á Lérica se forma;  
 No es tan negro el negro gajo  
 Como el caballo que monta  
 Que enderezando su vela  
 Muestra su rana fogosa,  
 Y se ajita cual pañero (\*)  
 Sobre una mar portadora.  
 Sus escarceos indican  
 Y sus vueltas bulliciosas  
 Que lo enjendrán un día  
 En las sabanas corras.  
 Cual deus Havia de tíma

**ROMANCE X.**

Caen sus...  
 las huellas de sus manos  
 Batiendo el suelo alamoso  
 Por su jipote agitado  
 Recorre la línea toba  
 Mas veloz que en un torrente  
 El petalo de una rosa  
 Como se inflama el zapato

De aquel  
 El rival de la rejente,  
 El duque de la Victoria,  
 En Cataluña concentra  
 Toda la flor de su tropa.  
 Para pasarla revista

Junto á Lérída la forma ;  
 No es tan negro el negro grajo  
 Como el caballo que monta,  
 Que enderezando su vela  
 Muestra su raza fogosa,  
 Y se ajita cual panpero (\*)  
 Sobre una mar borrascosa.  
 Sus escarceos indican  
 Y sus vueltas bullidoras  
 Que lo enjendrara una chispa  
 En las andaluzas costas.  
 Cual densa lluvia de tinta  
 Caen sus crines, y borran  
 Las huellas de sus dos manos  
 Barriendo el suelo afanosas.  
 Por su jinete aguijado  
 Recorre la línea toda,  
 Mas veloz que en un torrente  
 El pétalo de una rosa.  
 ¡Cómo se inflama el aspecto  
 De aquellas huestes heroicas,

(\*) *Pájaro negro que en el océano acompaña las tempestades.*

Que imprimen do quier que pasan  
 El sello de la victoria!  
 De aquellos toscos semblantes  
 Barbas erizadas brotan,  
 A la manera de zarzas  
 En las grietas de una roca.  
 Ocupada está la brisa  
 Acariciando garzotas,  
 Que hacen rápidos regates  
 Al parecer desdeñosas.  
 Matizan el campamento  
 Plumas blancas, plumas rojas,  
 Que un vasto jardín remedan  
 De azucenas y amapolas.  
 Los cañones y morteros  
 Enseñan sus anchas bocas,  
 Nuncios de muerte que matan  
 Con las palabras que arrojan.  
 Un cañaverál espeso  
 Con aceradas panojas  
 Forman fusiles y lanzas,  
 Cuyas leves banderolas  
 Impacientes en las astas  
 Quieren dejarlas y flotan;  
 Son juntas mar de colores,

Cada una de ellas es ola.  
 Se va el sol reproduciendo  
 En todo casco que toca;  
 Cada casco es un sol nuevo  
 De do mil centellas brotan.  
 Reina un profundo silencio,  
 Cual si toda aquella tropa  
 Estuviese allí pintada,  
 O cual si fuese una sombra.  
 Luego se escucha el redoble  
 De una caja, y se coloca  
 En el centro de la línea  
 El duque de la Victoria,  
 Que absorve las atenciones,  
 Apenas abre la boca,  
 Con sus ojos que facinan  
 Y hablando con voz sonora:  
 « Esforzados veteranos,  
 Que do la planta llevais  
 De siervos y de tiranos  
 Con la sangre matizais  
 Ya los montes, ya los llanos;  
 Envidia vuestro teson  
 La mas denodada tropa;  
 Vuestro valor de leon

Esparce la admiracion  
 Por los ámbitos de Europa.  
 Tropezando á cada paso  
 Con la muerte, y sobre yelos  
 Tendidos en campo raso,  
 Quebrantado el cuerpo y laso,  
 Sin mas techo que los cielos;  
 Hambrientos todos estabais,  
 Y arrostrando riesgos muchos,  
 Tan solo os desayunabais  
 Con el polvo que tragabais  
 O el papel de los cartuchos.  
 Mas conseguisteis, la saña  
 Venciendo del furibundo  
 Bando que en sangre se baña,  
 Las bendiciones de España  
 Y la admiracion del mundo.  
 Con vuestra sangre nutrir  
 Quisisteis la libertad,  
 Y tal vez vuestra lealtad  
 Aseguró el porvenir  
 De toda la humanidad.  
 Porque de vuestras descargas  
 El eco es tan duradero,  
 Que no muere sin primero

Salvar las playas mas largas  
 Y dar vuelta al mundo entero,  
 Cuando se dispara un tiro,  
 Para romper la cadena  
 Que la ley de un pueblo enfrena,  
 Todo trono da un suspiro  
 Que en todo pueblo resuena.  
 No hay trono que no se asombre  
 Al ver, camaradas bravos,  
 Que no luchais por un nombre,  
 Luchais por no ser esclavos,  
 Y esta causa es la del hombre.  
 El cañon del enemigo  
 Ya no en Cantabria retumba;  
 La muerte lleva consigo  
 Quien busca en Berga un abrigo  
 Que ha de convertirse en tumba.  
 En todas partes izemos  
 Nuestras triunfantes banderas,  
 Impávidos avancemos,  
 Y á los tigres acosemos  
 En sus guaridas postreras.  
 Así dice el conde-duque,  
 Y las lágrimas que mojan  
 Los rostros de aquellos bravos,

1207

Tambien las suyas provocan.  
Que las lágrimas aquellas  
No dejan de ser preciosas,  
Aunque se enturbien surcando  
Mejillas tan polvorosas.  
; Ah! las lágrimas del hombre,  
Si de cariño son copia,  
Son las perlas con que labra  
El corazon su corona.  
El entusiasmo traslada  
De los pechos á las bocas  
Aclamaciones inmensas  
Al duque de la Victoria,  
Quien divisando cien coches,  
Desde el caballo que monta,  
Mete la espuela, y volando  
El campamento abandona.





No le tembla la palabra por el  
Circunstancia que se le presenta  
Al galán que bien callado  
Hace trota al lado  
Mientras el feroz habla  
Que a la vez no le tembla  
De cabalgar habla fama.

Con el alma el fondo  
Razona bien muy largo  
Sin que una sílaba sola  
Habe el trote con que marcha  
Es aquel razonamiento

### ROMANCE XI.

Una noche  
En que coje  
Como la mora  
Atrae embola a sus huesos  
Y libertades tramas  
Es aquel el conde I.

En un coche de camino  
Marchan las reinas de España ;  
Espartero va á su lado,  
Al trote las acompaña.  
Aunque trota con viveza,

No le tiembla la palabra,  
 Circunstancia que acredita  
 Al galan que bien cabalga.  
 Haced trotar al bridon  
 Mientras el jinete habla,  
 Que si la voz no le tiembla  
 De cabalgar habrá fama.  
 Con Cristina el conde-duque  
 Razona pieza muy larga,  
 Sin que una silaba sola  
 Robe el trote con que marcha.  
 Es aquel razonamiento  
 Una lucha prolongada,  
 En que con mucho artificio  
 Cristina lazos prepara  
 Para cojer á Espartero  
 Como á la mosca la araña,  
 Atrayéndole á sus fines  
 Y liberticidas tramas.  
 Es sagaz el conde-duque,  
 Y evita con mucha maña  
 Las redes de la rejente  
 Que si las toca las rasga  
 Y sin que ella lo conozca  
 La va prendiendo en las mallas

De la red misma con que ella  
En prenderle á él se afana.  
Aquella es lucha de astucia,  
Muy graciosa por lo rara;  
Tarde conoce Cristina  
Que aquella mosca es araña.

II.

Cuando llegaron las reinas  
Donde el ejército estaba,  
Cien mil paladines vieron,  
Todos formados en masa,  
Que haciéndolas los honores  
Les presentaron las armas  
Victoriosas en Valencia,  
Victoriosas en Navarra.  
Cien músicas entonaron  
Los himnos que en la campaña  
Dan al corazón denuedo  
Y dan á las piernas alas.  
Mas no á Cristina le placen  
Aquellas enhiestas lanzas,  
Ni aquellos tersos fusiles,  
Ni aquellas largas espadas,  
Porque si bien á ellas debe  
Que Isabel reine en España,

Hora teme que se opongan  
 A sus pasiones bastardas.  
 Quisiera hacerse absoluta,  
 Y al ver las altivas caras  
 Que endurecieron los soles  
 Los vientos y las escarchas,  
 Conoce que aquellos bravos  
 No atraerá á sus infamias;  
 Siente crecer sus zozobras  
 Y menguar sus esperanzas.  
 Sin embargo, si pudiera  
 Domar, corromper el alma  
 Del jeneroso guerrero  
 Con mas títulos y gracias,  
 Sin duda conseguiria  
 Que aquella tropa esforzada  
 Contra la patria volviese  
 Los aceros de la patria.  
 Que el duque de la Victoria  
 Tiene tal prestigio y fama  
 Que los mas independientes  
 Obedecen cuanto él manda.  
 ¿Pero como corromperle?  
 La pandilla cortesana  
 Y la maligna rejente

Todos los medios y tramas  
De que puede disponer  
Toda una reina de España,  
Sin poderlo conseguir,  
Han apurado: no alcanzan  
A sobornar al guerrero  
Los ruegos, las amenazas,  
Las bien tramadas intrigas,  
Las bien dispuestas celadas.  
En tanto su patria estima,  
Que es su corazon un ascua,  
Encendido solamente  
Por el amor á su patria.  
Ya títulos no ambiciona,  
Ni otras distinciones vanas,  
Porque en condecoraciones  
Ningun magnate le gana.  
Tampoco tiene sed de oro,  
Porque esta ambicion tan baja  
Que á muchos les da un cadalso  
Y á muchos un réjio alcázar,  
Muy raras veces se abriga  
En el que busca una fama  
Que trascienda á las edades  
Siempre victoriosa y clara.

El duque de la Victoria  
 Tesoros aprecia en nada ;  
 Permanecería ileso  
 Entre el oro de la Arabia,  
 Como entre fraguas ardientes  
 O entre montones de lava,  
 Una túnica de amianto  
 O un cuerpo de salamandra.  
 Harto lo sabe Cristina,  
 Harto sabe que son vanas  
 Para arrastrarle á sus fines  
 Las dádivas y asechanzas.  
 Solo un recurso le queda:  
 Ha aprendido que en España  
 En pro del hermoso sexo  
 Se rompieron muchas lanzas.  
 Sabe que el brazo del fuerte  
 Robusto apoyo depara  
 A la mujer desvalida  
 Cuando humilde lo reclama.  
 Sabe que los españoles  
 Son hidalgos, entusiastas,  
 Y la sangre de sus venas  
 Pródigamente derraman  
 Para desfacér un tuerto,

De un desmán tomar venganza,  
O para acallar suspiros  
Que triste beldad exhala.  
Sabe que un buen caballero  
Jamás á las leyes falta  
Que escije la cortesía  
Por las hembras inventadas.  
Pero la rejente ignora  
Que no se heredó la espada  
Del buen Bernardo del Carpio,  
Y el gran Amadis de Gaula.  
Por esto se esfuerza en vano  
En inventar nuevas farsas;  
Lo que no alcanzó la reina,  
No lo alcanzará la dama.  
Cristina lanza un suspiro,  
Y con un pañuelo lava  
Sus mejillas recorridas  
Por dos lágrimas forzadas.  
Para prestarla un solaz,  
Al verla tan apenada,  
El conde-duque pregunta  
Quien de sus cuitas es causa,  
— Vos solo, duque, podeis.  
La reina rejente dice,

Curar el mal que me haceis;  
 Cuando tan triste me veis,  
 Creed, soy muy infelice.  
 Este pueblo rebelado,  
 Sin vos, volviera á la estaca  
 Con cien grillos amarrado:  
 Del mal que me habeis causado  
 Aun podeis ser la triaca.  
 — ¡Callad, señora, callad!  
 ¿Quereis que mi fuerte brazo,  
 Símbolo de la lealtad,  
 Arrebate del regazo  
 Del pueblo la libertad?  
 No lo alcanzareis jamas;  
 No lo escijais ¡vive Dios!  
 ¿Yo contra mi patria?... ¡atrás!  
 Que si mucho debo á vos,  
 A mi patria debo mas.  
 -- ¡Sois ingrato! ¿los favores  
 No recordais infinitos  
 Que me debeis? ¿los honores,  
 Las distinciones mayores  
 Y regalos esquisitos?  
 Aquella preciosa caja  
 Que es digna de un soberano

¿No os la dí yo con mi mano? Y  
¿Cuántos reyes tal alhaja  
Quizás desean en vano!  
¿Y cuando mejor caballo  
De réjia caballeriza  
Sacó jamás un vasallo,  
Como el que para montallo  
Os di, color de ceniza?  
Grandes cruces tenéis cien;  
Sois de caudillos caudillo;  
Sois conde y duque tambien;  
Tan solo os falta en la sien  
De réjia corona el brillo.  
—Vuestra jenerosidad  
Me probasteis de mil modos  
Que es inmensa, esto es verdad;  
Mas mis títulos tomad,  
Señora, os los vuelvo todos.  
Agraciasteis bien ó mal  
A un caballero de honor,  
Mas ved que os fuera fatal  
El ver vuestra gracia real  
Favoreciendo á un traidor.  
Gloria que manchada está  
No me deslumbra ni embriaga,

Y además conozco ya  
 Que cuando es el rey quien dá,  
 Es siempre el pueblo quien paga.  
 —Sois un áspid que en el seno  
 Que le presta su calor  
 Derrama mortal veneno,  
 Y atormenta al bienhechor  
 Que le arrebató del cieno.  
 Si aun me estimáis en algo,  
 Sabed, pues que teneis fama  
 De jeneroso y de hidalgo,  
 Apreciarme en lo que valgo  
 No ya reina, sino dama.  
 Un favor pediros quiero  
 Que negarme no podeis  
 Siendo cual sois caballero...  
 —Hablad.—Decidme primero  
 Si me lo concedereis.  
 —Señora, como no se....»  
 Y sin hablar mas palabra,  
 Caer temiendo en un lazo,  
 Vuelve á Cristina la espalda.  
 Y al frente de sus guerreros  
 Se coloca, y luego marcha  
 Dirijiéndose hácia Berga

Do nuevas glorias le aguardan.  
¡ Ah! si pudiera Cristina  
Matarle de una mirada,  
Mas pues que no le mató  
Ninguna mirada mata.





## ROMANCE XIX.

En la capital sin par,  
 En cuyos pies de granito  
 Ruje sujeta la mar,  
 Cual monstruo de horrible grito  
 Que es esclavo á su pesar ;

En la jentil Barcelona,  
Que en sus plantas y en su cima  
Color azul ambicion,  
Teniendo el mar por tarima  
Y los cielos por corona;

El tesoro maspreciado  
De laspreciadas Españas,  
Que permanece encerrado  
En un sagrario formado  
De mares y de montañas;

En Barcelona la bella,  
En cuyo espacioso puerto  
Brilla un faro como estrella,  
Guiando al navío incierto  
Con las luces que destella;

Se amontona tanta jente,  
Que su circo amurallado  
La encierra dificilmente,  
Como si ella solamente  
Contuviese el Principado.

Toda plaza, toda calle

Mil forasteros abarca;  
Bien muestran su esbelto talle  
Las bellas de la comarca,  
Las del monte y las del valle.

Para gozar de las fiestas  
Y ver á las soberanas,  
Bien prendidas, bien apuestas  
Comparecen las aldeanas  
Luciendo galas honestas.

Cautivan sin liviandad,  
Nada es al lujo debido,  
Cual sucede en la ciudad  
Do es el afeite beldad  
Y la mujer un vestido.

Es su traje provincial  
Una tradicion ileza;  
Su belleza es natural,  
Y no se encuentra venal  
En una tienda francesa.

Hacen sombra á sus semblantes  
Piedras verdes, piedras gualdas,

Y en sus pendientes brillantes  
 A menudo á los diamantes  
 Se asocian las esmeraldas.

Dorado está su cabello  
 Por el sol de la campiña  
 Y en rizos besa su cuello,  
 Y en su rostro un clavel bello  
 Sus hojas de sangre apiña.

De franela es su mantilla,  
 Es blanca y cruje al prenderla;  
 Tiene una cinta en la orilla  
 Del mismo color y brilla  
 Cual manto de madreperla.

Bien termina en su cintura  
 Su jubon de terciopelo  
 Que en alto el pecho asegura,  
 Y en él resalta un pañuelo  
 De exquisita bordadura.

Es de indiana el guardapiés,  
 Cuya fimbria la garganta  
 Va besando de sus pies;

Tan leve el delantal es  
Que hasta un soplo lo levanta.

Es de fino tafetan,  
Y de un breve lazo siervo ;  
Con media negra unas van  
Como el plumaje del cuervo,  
Zapato de cordoban.

Otras lo llevan de seda  
Y medias de color blanco  
Que no hay cisne que lo esceda,  
Cuando mas limpio se queda  
En la márjen del estanco.

De sin igual hermosura  
Muchas de la costa se hallan  
Que asocian en su figura,  
Con que rinden y avasallan,  
El orgullo y la dulzura.

Y aunque es áspero el idioma  
Que su pais las legó,  
Tal miel en su labio toma  
Que mas dulce nunca habló

La de Venecia y de Roma.

¡ Con que igualdad y compas  
Dan un paso y otro paso !  
¡ Ah ! ¡ quien resistió jamas  
Una chinela de raso !  
¡ Quien no la siguió detras !

Una bella de marina  
Siembra amores mientras anda ;  
Cubierta de seda fina  
Muestra la pierna divina,  
Y las enaguas de Holanda.

Y su marcha majestuosa  
Es del deseo tormento,  
Porque al verla tan graciosa  
Rejistran vedada cosa  
Los ojos del pensamiento.

Es fósforo del pecado,  
Es yesca del apetito  
Que en el pecho mas helado  
Prende el amor y encerrado  
Lo deja y con lava escrito.

Como la abeja lijera  
Cintura tienen delgada;  
Es bien hecha la cadera,  
Larga, espesa y atezada  
La bruñida cabellera.

¡Cuantos ojos apacientan  
En su delicado traje!  
¡Que deseos no alimentan,  
Si en su pañuelo de encaje  
Sus pomas se transparentan!

Las calles forman un cauce  
De pisaverdes enhiestos,  
Que admiran los brazos puestos  
Bajo las asas de sauce  
De pulidísimos cestos.

Desde los altos balcones,  
Cubiertos de colgaduras,  
Derraman murmuraciones  
Desdeñadas hermosuras  
De celosos corazones.

La habitante de la aldea

Con la de la ciudad lidia,  
Y en tan reñida pelea  
La que por desgracia es fea  
Vierte veneno de envidia.

Ven las de la capital  
Ajada su aristocracia ;  
A su costoso brial  
Ven preferida la gracia  
De unas sayas de percal.

Las hijas de Barcelona  
Con sus atavíos ricos  
No se llevan la corona ;  
No valen cien abanicos  
Un cesto de Badalona.

Es hermoso ver colgado  
Tanto balcon y ventana,  
¡ Cuanto lienzo recamado !  
¡ Cuanto damasco pintado !  
¡ Cuanta seda y filigrana !

Para el sudor enjugar  
Las reinas que su sien baña,

Se apean antes de entrar,  
Encontrando en buen lugar  
Una tienda de campaña.

Es la tienda á la lijera,  
Con listas blancas y azules;  
Junto está á la carretera,  
Y su sombra placentera  
Le ofrecen cien ahedules.

Su pavimento tapizan  
Alcatifas de valor;  
Tiene un lindo tocador,  
Y mil soldados erizan  
Sus armas al rededor.

Despues de haberse tocado,  
Con toda su servidumbre  
Marchan las reinas, cercado  
Su coche precipitado  
De una inmensa muchedumbre.

Las saludan desde luego  
Las fortalezas altivas  
Con sus mil bocas de fuego;

Y á los cañonazos ciego  
Asocia el pueblo sus vivas.

Con tonos roncós y agudos  
Van cantando las campanas,  
Que forman conciertos rudos  
Y tributan sus saludos  
A las nobles soberanas.

¡Pobre pueblo! negro emblema,  
INRI mofador le infama;  
Flores esclavo derrama,  
Incienso á sus reyes quema.....  
Y *soberano* se llama.

Mirad como se ilumina  
Con la luz de la esperanza  
El semblante de Cristina,  
Mientras su carroza avanza  
Y entre vítores camina.

Al ver un arco triunfal  
Que le erigió Barcelona,  
Cree en esta capital  
Encontrar el pedestal

De la altura que ambiciona.

Embriagada con la gloria  
De que se siente ceñida,  
Piensa trocar en escoria  
La gloria bien merecida  
Del duque de la Victoria.

No sabe, no, que el prestigio  
Que tanto ciega y embriaga  
Es una chispa que vaga,  
Y sin que deje vestigio  
Apenas nace se apaga.

En Barcelona su plan  
Y sus tendencias altivas  
Coto invencible hallarán,  
Y las salvas y los vivos  
En muertas se trocarán.

Mucho fia en las almenas,  
Que amasó de un rey la saña  
Con sangre de nuestras venas  
Para forjar las cadenas  
De todo el resto de España.

Y para dar mas cimientos  
A su popularidad,  
Que pasará cual los vientos,  
Si dá sancion su maldad  
A la *ley de Ayuntamientos*;

Se presenta mas sumisa  
Cuando mas siervos desea,  
Y con maligna sonrisa,  
Si el pueblo la vitorea  
Le mima mientras le pisa.

Al lado de la rejente  
Marcha á caballo un guerrero  
Que razona altivamente;  
Bien dice su rostro fiero  
Que es su corazon valiente.

Su brazo ha sido fatal  
A los tiranos do quier;  
Le hizo su pecho leal  
En España brigadier  
Y en Béljica jeneral.

Cristina, que su carroza

De ocho caballos tirada  
Manda que marche pausada,  
Porque altanera se goza  
En ver chusma prosternada,

Con placentero talante  
Al bravo paladin habla  
Que la acompaña arrogante,  
Y un diálogo interesante  
De esta manera se entabla:

—Mucho, brigadier, me agrada  
Así verme recibida  
De esa jente entusiasmada;  
¿Que te parece mi entrada?  
—Falta ver vuestra salida.

—¿Que intentas decir? ¿tambien  
Mi suerte auguras fatal?  
¿Que rey entró con mas tren?  
—A veces se entra muy bien,  
Pero se sale muy mal.

—Tus labios me dejan yerta...  
Pero no ¿que me amilana?

Por verme el pueblo se afaña...  
—Yo he visto entrar por la puerta  
Y salir por la ventana.

Es el pueblo como el mar;  
Pacífico y soñoliento,  
Ni se atreve á murmurar,  
Luego despierta violento  
Y espanta oírle bramar.

Al pueblo engañar quereis  
Y el pueblo quiere engañaros;  
Este gozo que en el veis  
Es solo para apartaros  
Del deseo que teneis.

Vos os sonreís en tanto  
Para arrancarle la ley,  
Y este amaño le da espanto;  
Siempre el pueblo ve su llanto  
Junto á la risa del rey.

Mirad síno al rededor,  
Contemplad esas tablillas  
Que sé os causarán dolor,

¡Quisiera vuestro furor  
Hacerlas todas astillas!

¿Quereis saber lo que son?  
Con letras grandes y bellas  
Hay de la Constitucion  
Los artículos en ellas...  
¿No conoceis la intencion?

Aquí el pueblo soberano  
Las colocó solamente  
Para señalar prudente  
El camino con su mano  
Que ha de seguir la rejente.—

La rejente palidece,  
Luego la sorisa esconde,  
Que en sus labios desfallece;  
Ya con ella no responde  
Al que vítores le ofrece.





**ROMANCE XIII.**

—BERGA tambien ha caído ;  
Señora, tan grata nueva  
De vuestro pecho acuitado  
Debe desclavar las penas.  
¿ A los secuaces de Cárlos

Ya que esperanza les queda ?  
Destrozados en Navarra,  
Fujitivos en Valencia,  
Los que asilo no buscaron  
En orillas extranjeras,  
Han encontrado su tumba  
En las murallas de Berga,  
Donde dió el bando de Cárlos  
La bocanada postrema.  
¿Que mas quereis? vuestra hija  
Afianzada en su cabeza  
Ya no ve oscilar ahora  
La poderosa diadema.  
La España canta victoria:  
Todo son zambras y fiestas;  
Los himnos de paz suceden  
Al estruendo de la guerra.  
Las madres que desoladas  
En las batallas sangrientas  
A su patria consagraron  
De sus hijos la fiereza,  
En la esperanza hoy se gozan  
De recobrar tales prendas,  
Pedazos de sus entrañas  
Arrancados á la fuerza.

En las mejillas retoñan  
De las amadoras tiernas  
Las rosas que deshojaron  
Los rigores de la ausencia.  
A menudo en sus ensueños  
Su amante se les presenta ;  
Pronto volverán á verle,  
Y lavarán halagüeñas  
Con sus besos el semblante  
Que empolvieron las peleas.  
Y mientras refiera el bravo  
Sus riesgos y sus proezas,  
Sin orden y sin concierto  
Como el entusiasmo ordena,  
Legalizará su historia,  
Presentando como prueba  
Cicatrices que abrió el plomo,  
La lanza ó la bayoneta.  
La relacion palpitante  
De sus trabajos y penas  
Horrorizará á menudo  
A su idolatrada bella,  
Y una caricia del bravo  
La volverá placentera,  
Cuando el coral de sus labios

Se convierta en madreperla.  
 Ella contará las cintas  
 Y distinciones que cuelgan  
 De aquel pecho, monumento  
 De mil hazañas y empresas,  
 Y contemplará arrobada  
 Con sus ojos de gacela  
 El semblante retostado  
 Del valiente que las lleva.  
 ¡Oh! ¡son tan tiernas, señora,  
 Tan bellas esas escenas  
 Que en las amantes y madres  
 Borran del dolor las huellas!  
 Por esto madres y amantes  
 Al pacificador cercan;  
 Su brazo heróico bendicen,  
 Su mano triunfante besan.  
 El que á la tierra da paz  
 Es como un Dios en la tierra;  
 Sobre él llueven bendiciones;  
 Las rosas, las azucenas,  
 Que en su cuna de esmeralda  
 Mecen las brisas ligeras,  
 Para coronar al héroe  
 Abandonan las florestas,

Y con su color le adornan  
Y con su aroma le inciensan.  
En sangre humana empapados  
Surca los campos la reja,  
Y con los huesos del bravo  
Tal vez tropieza y se mella.  
El arador se estremece,  
Recientes males recuerda,  
Y agrestes himnos consagra  
Al que dió fin á la guerra.  
¿No es cierto que el conde-duque  
Es como un Dios en la tierra?  
¿No es verdad que es un santuario,  
Señora, la España entera?  
—¿Que me importa? no soy yo  
La imájen que él se encierra.  
¡Ay! á espensas de mi gloria  
Su gloria el duque alimenta,  
Pues mientras la suya crece  
Veo que la mía mengua.  
—Aun de recobrar es tiempo  
Aquella fama tan tersa  
Con que en el trono brillabais  
Un dia como una estrella.  
¿Quién no besó vuestras manos,

Cuando se abrieron las puertas  
De la suspirada patria  
A los que á playa extranjera  
Arrojó, náufragos tristes,  
La política tormenta?  
Sed ahora, como entonces,  
Madre bondadosa y tierna,  
Y será para ensalzaros  
La España toda una lengua.

—Eso no, que ya eché el guante  
Y la nacion no me arredra;  
Cada lágrima que vierto  
Le costará una cadena.

—Ved que Espartero recoge  
Guantes que los reyes echan,  
Y armado con su prestigio  
Es muy posible que os venza.

—¡Miserable! ¿qué me importan  
Los timbres que le rodean?  
Circundadas de laureles  
Tambien caen las cabezas.

—Es muy cierto, y tambien caen  
Ceñidas con la diadema.

—La plaza de la Cebada  
Vió á Riego sobre una estera.

—Sabe muy bien el verdugo  
Cuanto la cabeza pesa  
De Luis XVI de Francia.

—¡Esta historia es lastimera!  
Es una historia muy triste...  
Jeneral, no me hables de ella.

¡Morir un rey como muere  
Un bandolero! ¡que afrenta!  
Un nieto de san Luis

Tiñió con su sangre rejia  
La profana guillotina  
Que cien ladrones tiñeran.

Hablemos de jenerales,  
Cuenta la horrible tragedia  
Del desventurado Riego...

—Esta historia es lastimera,  
Es una historia muy triste...  
Señora, no me hableis de ella.





## ROMANCE XIV.

Con el jeneral Valdes  
Del de la Victoria amigo,  
Pues de sus hazañas es  
Admirador y testigo,  
La rejente platicaba,

Cuando vió en su propio estrado

Una persona que entraba

Sin anunciarla un criado.

¿ Quien es ese que insolente

En el interior se cuele?

¿ Como entró tan libremente?

¿ Se durmió la centinela?

¿ Porqué al mirarle Cristina

Da muestras de turbacion,

Y en sus ojos se adivina

Lo que siente el corazon?

¿ Quien es ese? ¿ porqué en pos,

Como lacayos serviles,

Le van siguiendo otros dos

Cubiertos de perejiles?

¿ Quiénes son esos? su traje

Con su actitud dice mal;

Esta indica vasallaje,

Aquel poder colossal.

¿ Quienes son esos?... ¡ Bajeza

Digna apenas de un corchete!

Esos dos tienen nobleza,

Son jente de alto copete.

Es un ministro uno de ellos,

Otro, embajador frances;

De cien grandes los cabellos  
Limpian sus altivos pies.  
Y ambos soberbios, ufanos,  
Con su casaca dorada  
Se humillan como gusanos  
Ante un hombre que ni es nada.  
Pero este nada, este hombre  
De poquísimo valor,  
Sin títulos y sin nombre,  
Ha de Cristina el favor.  
Que en las cortes á menudo  
Importancia tiene un cero,  
Y el señor mas copetudo  
Puede menos que un cochero.  
Ese es Muñoz, el hermano  
De aquel Fernando Muñoz,  
Que á Cristina dió la mano  
Segun la pública voz.  
Del tropiezo de un caballo  
Nació el amor de Cristina  
Y la suerte de un vasallo:  
Esta historia es peregrina.  
Es fama que la rejente  
Salió en carretela un día  
Custodiada por su jente

De conocida hidalguía.  
Los guardias de corps al lado  
Sobre soberbios trotones  
El curso precipitado  
Seguian de ocho bridones,  
Todos de altivo linaje,  
Larga crin, enhiesta vela,  
Que, ajitando su plumaje,  
Tiraban la carretela.  
Un caballo tropezó  
Entrando en una vereda ;  
La carretela saltó  
Y perdió el eje una rueda.  
Lanzó Cristina alaridos,  
Y los pechos mas serenos  
Se mostraron conmovidos ;  
No era el caso para menos.  
De una reina la caída,  
Aunque no le cause mal  
Que haga temer por su vida,  
Es siempre agüero fatal.  
Para abrir la puertecilla  
Un guardia de corps veloz  
Se tiró desde la silla...  
Era Fernando Muñoz.

Del riesgo á Cristina arranca,  
En brazos la saca fuera ;  
Cristina estaba tan blanca  
Como una imájen de cera.  
Pero pronto su semblante  
Cobró rosado color ;  
Variaciones de un instante  
Que sabe obrar el amor.  
Muñoz su brazo le ofrece ;  
Cristina no le desdeña,  
Siente una llama que crece,  
Y contemplando risueña  
Al caballero felice,  
Con sus ojos insinuantes  
Lo que calla el labio dice ;  
La vista es lengua de amantes.  
Y hay quien cuenta que apretaba  
Ardiente el brazo derecho  
Del hombre en quien se apoyaba  
Contra su ajitado pecho.  
Y estaban los dos unidos,  
Enlazados de tal modo  
Que él media los latidos  
Del corazon con el codo.  
¿Quién amando se vió amado,

Y dando el brazo á su bella  
Con el codo no ha contado  
Las palpitaciones de ella?  
¿Mas prende en el corazon  
Del amor la viva llama,  
Si el hombre sueña ambicion  
Mientras contempla á su dama?  
Cristina amante suspira,  
Consagra á Muñoz su ser,  
Y Muñoz en ella mira  
La reina y no la mujer.  
Ciega la rejente ignora  
Que esta pasion es su mengua,  
Y que irá su fama ahora  
Manchada de lengua en lengua.  
El pueblo murmurador  
Desde aquel dia inclemente  
Va divulgando el amor  
De Muñoz y la rejente.  
Desde entonces á los dos  
Se les ha visto en un coche,  
Sin mas testigo que Dios,  
Salir de Madrid de noche.  
Y él fué por ella nombrado,  
Bien se trasluce el objeto,

Su secretario privado,  
 Y para mayor secreto  
 Contiguo á la alcoba de ella  
 Se le destinó al hidalgo  
 Una habitacion muy bella...  
 Esto quiere decir algo.  
 De entonces un alfiler  
 De riquísimos diamantes  
 De Muñoz está en poder,  
 Y era de los reyes antes.  
 De entonces regalos cien  
 Sobre el galan han llovido,  
 Que de entonces gasta el tren  
 Del magnate mas valido.  
 Y no pocos han contado  
 Y repetido á porfia  
 Que nunca está en el estrado  
 Cristina sin compañía.  
 Que el amor la condenó  
 A tener de amor testigo,  
 Testigo que nadie vió  
 Y ella lo lleva consigo.  
 El pueblo cuenta porque  
 Se hace esclava, fuertemente  
 Atacándose el corsé,

Toda una reina rejente.  
Y algunos, que observan mas,  
Dicen que su brial flamante  
Mientras crece por detras  
Va menguando por delante.  
Tal vez sea una injusticia,  
Pero, viendo su grosor,  
Dice el mundo con malicia:  
Ved lo que puede el amor.  
Esta historia es peregrina;  
El tropiezo de un caballo  
Tropezar hizo á Cristina  
En las gracias de un vasallo.  
No es pues raro que el hermano  
De Muñoz con la rejente  
Razone muy liso y llano:  
Tiene sobre ella ascendiente.  
Con franqueza sin igual  
Penetró en el réjio estrado;  
Su franqueza es natural,  
Que es franqueza de cuñado.  
Una mirada de fuego  
Lanza al jeneral Valdes,  
Y cual toros quedan luego  
Mirándose de traves.

—Señora, dice Muñoz,  
No me trateis de indiscreto,  
Si cual lo escije mi objeto  
Os habla franca mi voz.  
En tan críticos instantes  
Escuchadme con ahinco ;  
Mas ved que aquí estamos cinco  
Y cuatro somos hastantes.  
Jeneral, ¿ me comprendeis ?  
—Os comprendo demasiado,  
Pero estais equivocado  
Si ofenderme así creéis.  
Desconfianza os infundí,  
Y esta desconfianza vuestra  
Que buen concepto me muestra  
Habeis formado de mí.  
Del que obra bien desconfia  
El que desea obrar mal ;  
Pues bien, desconfianza tal  
Ya veis que es en honra mía.  
Quereis contra la nacion  
Conspirar con vuestra influencia,  
No os agrada mi presencia,  
Y á fé que teneis razon.  
Teneis razon y de sobras,

Que rompieran los leales  
 Vuestras tramas infernales,  
 Vuestras infernales obras.  
 Quedad con Dios, cortesanos,  
 Y vos, rejente, temed  
 Presa quedar en la red  
 Que construyen vuestras manos.  
 Que al pueblo alguna vez plugo,  
 Provocándole su encono,  
 Hacer cadalso del trono,  
 Y hacer reo del verdugo.  
 Que si seguís de reata  
 Al que desconfianza inspiro,  
 Tened cuidado que el tiro  
 No os salga por la culata.—  
 La rejente palidece,  
 Valdes se va, y le acompaña  
 Hasta que desaparece  
 Una mirada de saña.



## ROMANCE XV.

No bien Valdés del estrado  
Ha salido, que tras él  
Por la gran puerta golpeado  
Se ha estremecido el dintel  
Y hasta el arteson dorado.]

Libre respira Cristina,  
Quedando solo los tres  
Cuyo proyecto adivina,  
Y cual sierpe la fascina  
El embajador frances.

Que este, en nombre de su rey,  
Para abatir la arrogancia  
De Espartero, con jactancia,  
Aunque lo impida la ley,  
Promete ausilios de Francia.

Y mientras los cuatro están  
Arrancando á la nacion  
La santa Constitucion  
Que se compró con su afan,  
Con sangre del corazon ;

En un corcel caballero,  
Corcel hermoso y de brio,  
En Barcelona Espartero  
Entra en medio de un jentío  
Que le acoje placentero.

Hace su entrada triunfal

Y la concurrencia es mucha,  
Y un aplauso universal  
Saluda al gran jeneral  
Que puso fin á la lucha.

Pacificador de España  
Le llama el pueblo afanoso,  
Y á caballo le acompaña  
Linaje, su laborioso  
Secretario de campaña.

Rebullendo en el camino,  
Movido de sus deseos,  
Forma el pueblo un torbellino,  
Sin temer los escarceos  
Del ferrado granadino,

Que va marchando de lado  
Entre aquella multitud  
Y concurso alborozado,  
Que muestra al héroe esforzado  
Su entusiasmo y gratitud.

Y aunque es este en el mirar  
Muy aterrador y fiero,

Pues si no tuviese acero,  
Los ojos para triunfar  
Le bastarán á Espartero;

Cuando en su torno sumisa  
A la multitud contempla,  
Cual calma el sol una brisa,  
Sus fieras miradas templa  
Una apacible sonrisa.

Los vítores oye ufano  
De la jente entusiasmada ;  
Do quier halla un ciudadano  
Que quiere besar su mano  
O que bendice su espada.

Tiene el sol mil reverberos  
En las corazas bruñidas  
De los bravos coraceros  
Y en las cien lanzas temidas  
De cien valientes lauceros.

Vestidos de azul y grana  
Húsares de la princesa  
Van junto á los de Luchana,

Cuya barba luenga, espesa,  
Llena de polvo, amilana.

En pos del héroe triunfante  
Marchan todos muy despacio,  
Y el caballero arrogante  
Detiene el bridon delante  
De las puertas de palacio.

Allí se para y se apea,  
Y no percibe embebida  
Cristina en su negra idea  
A la turba enardecida  
Que al guerrero vitorea.

—¿Quién dicta al pueblo la ley?

Dice Muñoz altanero,

¿Quién en España es el rey?

¿Es Cristina ó Espartero?

—Callad; rejente soy yo.

—Pues bien, si sois la rejente

Sancionad..... — No quiero, no

Que no lo juzgo prudente.

—¿Ante Espartero temblais?

¿Reina rejente os decís?

Si; sois reina y no reinais...  
 Sois rejente y no rejis.—  
 Luego el frances altanero  
 Esclama con arrogancia:  
 —Si tropas tiene Espartero  
 Tropas tiene el rey de Francia.  
 Si mas que vuestro deseo  
 Puede un soberbio soldado,  
 Pronto estará el Pirineo  
 De franceses coronado.  
 Nada temais; sancionad  
 Esta ley de Ayuntamientos  
 Tan necesaria...—Aguardad  
 —Son preciosos los momentos.  
 Está, cuando el duque llegue,  
 El proyecto sancionado,  
 Y dejad despues que os niegue  
 Su apoyo tan decantado.  
 —¿Y el pueblo?—Se le encadena  
 Con vuestra tropa muy bien,  
 No debe eso daros pena.  
 —Y si la tropa tambien...  
 Jamas, jamas...—¡Vive Dios!  
 ¿Sabeis lo que son soldados?  
 ¿Quien da los empleos? vos;

Conferid algunos grados  
Que halaguen las ambiciones,  
Pues las causas populares  
Siempre en cuestion de galones  
Las truecan los militares.  
Así se hace en Francia al menos.  
—Tambien así se hace aquí.  
—¿Y estos medios no son buenos?  
—¡Oh! por supuesto que sí.  
Mas sabed que acá en España  
Hombres se hallan con frecuencia  
Concienzudos.—¡Cosa estraña!  
¡En estos tiempos conciencia!  
¿Y esos hombres que decís  
Son militares?—Si cierto.  
—¡De que jentes os servis!  
Señora, me dejais yerto.  
Para sosten de las leyes  
Buscad varones honrados,  
Mas para apoyo de reyes  
Creó Dios á los malvados.  
Malvados debeis buscar  
Sin convicción, mercenarios,  
Que sirvan lo mismo al Czar  
Que á vos..... segun los salarios.

—A muchos he corrompido  
Con el oro y el soborno,  
De malvados me he ceñido,  
Muchos medran en mi torno.  
Pero muchos han mirado  
Con indiferencia el oro,  
Despreciando todo grado,  
Toda promesa y tesoro.  
Y mientras haya en los pechos  
De españoles tal lealtad,  
Vanos serán los cohechos...  
—Poco importa, sancionad.  
—Mas ¿no veis que si sanciono  
Este proyecto fatal,  
Tal vez se estrelle mi trono  
Contra el poder colosal  
De ese ejército aguerrido  
Y este pueblo de leones,  
Cuyo tremendo rujido  
Retumba en estos salones?  
—Leones en Francia hay tambien  
Que vendrán á defenderos,  
Lucharán mil contra cien,  
Y lucharán carniceros.  
Muchos serán destrozados

En sus sangrientos enconos;  
 Mas no importa, los finados  
 Son las cuñas de los tronos.  
 —¿Y para hacerme absoluta  
 No tengo otro medio?—No;  
 Este medio es sin disputa  
 El mejor.—Pues ¿qué hago yo?  
 —Sancionad, que esta sancion  
 Lo mas popular rebaja  
 Que hay en la Constitucion;  
 Es del pueblo la mortaja.  
 —¿Y es el éxito seguro...  
 —Pues ¿no ha de ser? ¿lo dudais?  
 De mi rey en nombre os juro  
 Que con la sancion triunfais.  
 —Pues bien, el proyecto dadme,  
 Lo sancionaré al momento.—  
 Un rayo de gozo brilla  
 En los sombríos aspectos  
 De los palaciegos viles,  
 De su victoria contentos.  
 Los tres inmóviles quedan,  
 Los tres quedan sin aliento,  
 Temiendo que se retraiga  
 La rejente de su objeto.

Tiene Cristina en sus manos  
El malhadado proyecto,  
Y apenas á poner va  
Su firma y funesto sello,  
Se abre del salon la puerta  
Y se presenta un guerrero  
De belicoso semblante,  
Arrogante y polvoriento.  
Tiembla la rejente al verle,  
Y los viles palaciegos  
Quedan yertos, hablar quieren,  
Y no encuentran el acento.  
Bien se conoce quien es  
Este heróico caballero;  
Es Espartero, que intenta  
Interceder por el pueblo.  
Conoce la peripecia  
Que ha producido, y sonriendo  
A la rejente saluda,  
Y luego rompe el silencio:  
—Señora, Muñoz con vos,  
Y el embajador frances...  
Está bien ; vaya unos dos!...  
Y un ministro... ; vive Dios,  
Señora! ; vaya unos tres!

## ROMANCE XVI.

El conde-duque á Cristina  
Audiencia secreta pide,  
Y ella condesciende al punto  
A lo que el guerrero exige.  
Manda á Muñoz y á los otros

Mal su grado se retiren ;  
Todos se van desde luego,  
Pero murmuran al irse.  
A la rejente al marcharse  
Una guiñada dirijen  
De secreta intelijencia  
Que Espartero bien concibe,  
Pues con amargo sarcasmo  
Levemente se sonrie,  
Y Cristina se sonroja  
Viendo sorprendido el crimen.  
—Bien venido seais, duque,  
Para decir algo dice,  
Caballero el mas cumplido  
De la patria de los Cides.  
Sois, hidalgo, bienandante,  
No hay uno que no os envidie,  
Siempre volveis sano y salvo  
De las lides mas terribles.  
Sin duda que vuestra madre,  
Como la madre de Aquiles,  
Os sumerjió en algun lago  
De virtud incomprensible.  
Sois sin duda invulnerable ;  
Plomos y lanzas en ristre

Se embotan en vuestro cuerpo  
Y nunca alcanzan á herirle.  
—Sin embargo, muchas veces,  
Y extraño que esto se olvide,  
Mi sangre transformó en lodo  
Las arenas de las lides.  
Yo estoy bien recompensado,  
Pero hay muchos infelices  
Que, mientras yo y otros varios  
Contamos cruces á miles,  
Para acreditar sus glorias,  
Sus hechos de armas insignes,  
Cuentan, en lugar de cruces,  
Anchas y hondas cicatrices...  
—Pero vamos al asunto,  
Hablad, ¿qué quereis decirme?  
Mas, segun vuestras palabras,  
No es mucho que lo adivine.  
Recuerdo que varias veces  
Ante la nacion dijisteis,  
Que luego de terminadas  
Las disensiones civiles,  
Anhelabais retiraros,  
Vivir oscuro y humilde,  
Contento con ser alcalde

Del villorio en que nacisteis.  
Gracias á vuestro denuedo,  
Los rebeldes ya no ecsisten ;  
Vedles muertos ó emigrados  
En extranjeros paises.  
El trono está asegurado,  
Mi cuñado en Francia jime,  
Y no hay poder en el mundo  
Que la guerra resucite.  
Por esto venís ahora  
En recompensa á pedirme  
Que os permita retiraros  
Dó descanséis de las lides.  
Vuestra demanda por justa  
No deja de ser sensible,  
Pues negárosla no puedo  
Porque sois vos el que pide.  
Vos no sabeis cuanto os quiero,  
Mi boca siempre os bendice,  
Sois el sosten de mi trono,  
La prez de mis paladines.  
No os retireis, conde-duque.....  
¡ Me dejariais tan triste !  
--No lo intento por ahora ;  
Mi deber no lo permite.....

—Con todo, si os empeñais.....

—No, no me empeño.—Si insiste  
Vuestro lábio en la demanda.....

—¡Os dejaría tan triste!

—(¡Que socarrón! no hay remedio,  
¡Ha jurado perseguirme!)

Con que lleváis otros planes.

Duque, ¿no es verdad? decidme.....

—Solo quiero que mi pueblo  
Me haga alcalde y no es posible.

No me comprendéis ahora?

—Hoy estais incomprendible.

—¿No habeis leído el proyecto

De Ayuntamientos, que dice

Que no serán por los pueblos

Los alcaldes elejibles?

Conoceis pues que mi pueblo

No puede alcalde elejirme,

A no ser que vos, señora,

Conociendo los ardides

De esos viles palaciegos,

Serpientes que el trono ciñen,

Os hagais cargo que el pueblo

Aborrece al que le oprime.

Y es cordero si le amañan.

Si le exasperan es tigre.  
—Si ambicionais ser alcalde,  
Y nueva ley no permite  
Que confieran hoy los pueblos  
Estos cargos concejiles,  
Alcalde sereis con todo,  
Que esto solo en mi consiste,  
Y cuanto de mi dependa  
Haré por vos.—Muy humilde  
Os doy las gracias, señora,  
Vuestros obsequios me rinden.  
Yo deseo ser alcalde  
Pero si el pueblo me elige,  
Que ya no hay gracias de reyes  
Que me alhaguen ni alucinen.  
Son un cebo seductor  
Que cuesta caro á menudo,  
Y debe el hombre sesudo  
Huir la red del favor.  
Yo bien conozco este enredo  
Y estos blasones de España;  
Si uno debo á propia hazaña,  
Debo mil á ajeno miedo.  
Mil cruces os plugo darme,  
Tres títulos concederme,

¿Quisisteis favorecerme,  
 Señora, ó solo comprarme?  
 Me habeis colmado de grados,  
 Dios sabe con que intencion,  
 ¿Quereis dar á la nacion  
 Verdugo con entorchados?  
 Portugal, Francia, Inglaterra,  
 Tal vez enemigos todos,  
 Han premiado de mil modos  
 Mis grandes hechos de guerra.  
 Mas para mi son vil alga  
 Estos premios de cohecho,  
 Que cubren todo mi pecho  
 Y uno sobre otro cabalga.  
 Del que tiene corazon  
 Que con entusiasmo late,  
 La gran condecoracion  
 Es el polvo del combate.  
 Y el mayor premio del hombre  
 Que da la paz con la guerra  
 Es grande como la tierra,  
 La ocupa toda, es su nombre.  
 ¿Acaso me honra el toison  
 Que me habeis dado, señora,  
 Si como á mi condecora

A ese jeneral Tacon,  
Que cuando plomo llovía,  
Cuando el mortero tronaba,  
El en América estaba?  
Y preguntadle que hacia.  
¿Y que hacia ese Cleonard  
Y otros muchos alimañas?  
Responded, en que campañas  
Se han sabido acreditar?  
¿Y esos son vuestro sosten,  
Señora, vuestros mimados?  
¿Y de honores tapizados  
Nos los presentáis tambien?  
Y esos valientes de Lonja  
Que con mercantil proeza  
De la Nacion la riqueza  
Absorven como una esponja,  
Son de los reyes mimados,  
Y se premia todavia  
Su santa filantropia  
De empobrecer los Estados.  
Yo con corazon valiente,  
Fuerte brazo y limpio acero,  
No mas confundirme quiero  
Con esa chusma insolente.

No mas títulos de reyes,  
 Aunque en aras del deber,  
 Inmolado deba ser  
 Apoyo dando á las leyes.  
 Yo se bien que si quisiera  
 Adunarme á vuestro intento,  
 A mis títulos sin cuento  
 El de príncipe añadiera.  
 Pero no quiero, y sabed,  
 Si el proyecto sancionais,  
 Que indiscreta os colocais  
 Entre el hierro y la pared.  
 —¿Me amenazais? ¡caballero!  
 —Os hablo como un amigo;  
 Pensad bien que es lo que digo  
 No amenaza sino agüero.  
 La sancion os arrancaban  
 Ahora mismo esos tres  
 Personajes de entremes,  
 Que con vos representaban.  
 ¡Estúpidos palaciegos!  
 Decidles que sus guiñadas  
 Sean mas disimuladas,  
 O se acreditan de legos.  
 Esas damas remilgadas

Ni provocan mis enojos,  
 Pues juegan tan mal los ojos  
 Como juegan las espadas.  
 Señora, obrad con prudencia;  
 De este golpe medita  
 Que ó cae la libertad,  
 O cae vuestra rejenia.  
 —¿Que hacer en conflicto tal?  
 ¿Que aconsejais?—Lo sabeis,  
 Que vuestra sancion no deis  
 A ese proyecto infernal.  
 —Asi lo quereis, pues sea,  
 Pero sabed que no cedo  
 A los peligros ni al miedo  
 De una reñida pelea.  
 Que tengo para dejar  
 Ileso el orgullo mio  
 Del rey de Francia, mi tío,  
 Las fuerzas de tierra y mar.  
 —Vengan de mar ó de tierra  
 Al encuentro les saldremos;  
 Valor y razon tenemos;  
 Si quieren guerra habrá guerra.  
 Mil veces ha visto el sol  
 Con inaudita arrogancia

Contra el águila de Francia  
Luchar el leon español.  
En fin, ¿cedéis vos ahora  
A mis pretenciones?—Si  
Cumpliré lo que ofrecí.  
—Os lo agradezco, señora.—  
Contento con la promesa  
Se va, que jente tan alta  
Nunca á su palabra falta.....  
Sino cuando le interesa.



Contra el águila de Francia  
Luchar el Leon español  
En fin, secheja von ahora  
A mis pretensiones— Si  
Cumpliré lo que ofrezco  
—O: lo agachavao; enora  
Contento con la promesa  
Se va que irás tan á la  
Nunca se en palabra falta  
Sino cuando la faltas

ROMANCE XVII.

I.

Al duque de la Victoria

Con serenatas alegres

Festejan alborozados

Los libres barceloneses.

Apenas llega la noche,

Bulle y rebulle la gente  
Ante la casa dó el duque  
El alojamiento tiene.  
Es tan brillante el concierto,  
Que de armonía un torrente  
Recorre la muchedumbre  
Y entre vitores se pierde,  
A la manera del rio  
Que sonoro se desprende  
Y su murmullo en las olas  
Del mar que brama fenece.  
Se oyen nacionales himnos  
Que de entusiasmo son gérmen,  
Que aunque siempre se escucháran  
Parecieran nuevos siempre.  
Hay músicas inspiradas  
En cuyas notas se envuelve  
La voz de Dios, y por esto,  
Cual la voz de Dios, no mueren.  
Resuena el himno de Riego  
De cuyo coro parece  
Que está asida la victoria  
Y corazones enciende.  
Se oye la graciosa jota,  
Con que los aragoneses

Galantean á las bellas  
 Y doman á los valientes.  
 En un balcon está el duque  
 Con otros caudillos fieles  
 Que su pueblo ver anhelan  
 Feliz, libre, independiente.  
 ¡ Pobre pueblo ! mientras tanto  
 Que afanoso se divierte,  
 ¿ Que hace Cristina en palacio?  
 Es ya media noche ¿ duerme?  
 ¡ Ah ! no duerme ¡ pobre pueblo !  
 Tal vez dormida la crees,  
 Y no duerme que conspira  
 Con otras zorras alevés.  
 Mientras tu ríes y cantas,  
 Da su sancion la rejente  
 Al proyecto aborrecido  
 Que menoscaba tus leyes.  
 Ríe, pueblo, ríe y canta,  
 Que mientras tu te diviertes,  
 En un salon de palacio  
 Te estan fraguando el grillete.  
 Reid vos tambien, buen duque,  
 Pronto sabreis que los reyes  
 Nunca á su palabra faltan

Sino cuando les conviene.

II.

Circula por la ciudad,  
Apenas el sol la alumbra,  
La imprevista novedad  
Que á todos apesadumbra  
Como gran calamidad.

Los infames conjurados,  
Contrarios de la nacion,  
Se muestran alborozados,  
Porque ven con la sancion  
Los fueros del pueblo hollados.

Los pueblos ven pretensiones  
De trocar en farsa vana  
Sus santas instituciones,  
Y sufren como leones  
Rendidos por la cuartana.

Cristina en coche pasea  
Desde la aurora á la noche,  
Y cuando aplausos desea,  
Huyen todos de su coche  
Y nadie la vitorea.

Quien de hito en hito la mira,  
Cual mira el toro al torero ;  
Quien al mirarla arde en ira ;  
A todos desprecio inspira ;  
Nadie se quita el sombrero.

Todo el pueblo está callado ;  
Tan solo escucha Cristina  
Del coche el rumor pausado,  
Que parece que camina  
Por un vasto despoblado.

Reina Cristina ; dó están  
Las bendiciones aquellas  
Y del pueblo aquel afán  
Con que seguía tus huellas  
Atraído de un iman?

En fuego del corazon  
Ya incienso el pueblo no quema  
A Cristina de Borbon,  
Y pronuncia su anatema,  
Cuando calla, la nacion.

Este silencio fatal

Que, al ver melladas sus leyes,  
Guarda la España leal,  
Es la leccion mas cabal  
Que da la España á sus reyes.

Cuando la noche bordó  
De estrellas el firmamento,  
Cristina en palacio entró  
Y ; quien sabe si sintió  
Gritos de arrepentimiento!

Acaso se arrepentia  
De su terrible traicion,  
Empero su altanería  
La tan funesta sancion  
Retirar no permitia.

La infunde el pueblo terror,  
Y tal vez siente en su pecho  
Una espina, un torcedor,  
Mas se dice en su interior:  
«Ya no hay remedio, está hecho.»

III.

Los infames cortesanos,  
Que son del pueblo las lamias,

Están celebrando ufanos  
 El triunfo de sus infamias.  
 ¡Que así al pueblo se provoquen!  
 ¡Que le hagan llorar su mal  
 Tal vez al compas del choque  
 De cien copas de cristal!  
 Y nadie sabe aplicar  
 Su boca voraz, inmunda,  
 Al dorado borcellar  
 De que el Málaga redunda,  
 Si antes á brindar no acierta  
 Insultando á la nacion,  
 Que ve su libertad muerta  
 Por Cristina de Borbon.  
 Alza un ministro la mano  
 Y clama con ironía:  
 «Pues el pueblo es soberano,  
 Brindo á su soberanía.»  
 Acoje el brindis brutal  
 Estruendo de aclamaciones,  
 Y el aplauso universal  
 Rehosa de los balcones.  
 El pueblo se va agolpando  
 Junto al palacio, y observa,  
 Y oye la zambra del bando

Que sus males exacerba.  
 Y contempla ecsasperado  
 Pintarse desde la alfombra  
 Hasta el arteson dorado  
 De los que beben la sombra.  
 Un fantasma ve que llena  
 La copa y que la vacia,  
 Y oye el aplauso que truena,  
 La infernal algaravía.  
 Ve sombras que se pasean  
 Copiando pasos y jestos,  
 Ve sombras que palmotean  
 Regalándole denuestos.  
 ; Y las torpes bacanales  
 De esa chusma corrompida  
 Ve que son los funerales  
 De su libertad querida!  
 Cristina está en el salon  
 Entre el vapor de la orjía,  
 Empapado el corazon  
 De hiel y melancolía,  
 Ajitada tiene el alma  
 Y está quieta la ciudad,  
 Sabe que á veces la calma  
 Anuncia la tempestad.

El concurso palaciego  
 Participa de repente  
 Del triste desasosiego  
 Que combate á la rejente.  
 Pone en manos de Cristina  
 Una carta el mayordomo,  
 Y ella apenas la examina,  
 Esclama pálida: ¡ Como!  
 ¡ Hace el duque dimision  
 De su dignidad y honores!  
 ¡ Bien conozco su intencion!  
 Venid, escuchad, señores.»  
 Una peripecia rara  
 Altera la escena al punto;  
 Dó reinaba la algazara  
 Reina quietud de difunto.  
 Quedan los brindis pegados  
 En todos los paladares;  
 De los lábios ya mojados  
 Se apartan los borcellares.  
 Nadie bebe; queda en todos  
 El aliento suspendido,  
 Como si entre los beodos  
 Hubiese un rayo caído.  
 ¿Que ha sobrevenido? acaso,

Mientras apuraban lleno  
 De grato licor el vaso,  
 Apuraron un veneno?  
 ¿Que ha sucedido? ¿tal vez  
 Mezclado el ópio bebieron  
 Con el sabroso Jerez,  
 Y todos se adormecieron?  
 —Venid, escuchad, señores,  
 Dice Cristina, escuchad,  
 Pues debo á vuestros errores  
 Mi inmensa calamidad,  
 Sacadme del laberinto  
 En que me habeis internado.  
 ; Ah ! ; nunca hubiera el recinto  
 De Madrid abandonado !  
 Pude en mal hora tener  
 En mucho vuestros consejos,  
 Cuando me hicisteis creer  
 Que estando de Madrid léjos,  
 Sin riesgo sancionaria  
 Esta ley de Ayuntamientos,  
 Porque nadie se opondria  
 A mis caprichos é intentos.  
 Cuando temí al Castellano,  
 Dijisteis que en Aragon

Estaba el pueblo en mi mano,  
 Que allí todos leales son.  
 A Aragon partí, y hallé  
 Dó buscaba amor, encono ;  
 De allí salir fuerza fué,  
 Que vacilaba mi trono.  
 Dijisteis que en Cataluña  
 Reinaba eterna quietud,  
 Que en el catalan se acuña  
 El sello de esclavitud,  
 Y al ponérselo no pena,  
 Ni tan siquiera murmura,  
 Ya avezado á la cadena  
 Y á la servidumbre dura.  
 ¿Donde están esos corderos  
 Que lamen á sus tiranos?  
 Todos me presentan fieros  
 Sus colmillos como alanos.  
 Sacadme del laberinto  
 En que me habeis internado.....  
 ¡ Ah ! ¡ nunca hubiera el recinto  
 De Castilla abandonado !  
 En Castilla temí enojos,  
 Y hallé en Aragon furoros,  
 Y aquí son áscuas los ojos....

¡ Con que todos son peores!  
 Ved lo que dice Espartero;  
 Yo temo sus espresiones  
 Como vosotros su acero;  
 Conozco sus intenciones.  
 «No es de señora muy alta  
 Ni propio de una princesa  
 Faltar nunca á su promesa,  
 Cual vuestra majestad falta.  
 Porque cuando un soberano  
 Es á su palabra infiel,  
 Se pone el mismo al nivel  
 Del villano mas villano.  
 Yo de la palabra os tengo  
 Y no os habeis de soltar,  
 Que soy caballero, y vengo  
 La palabra á reclamar,  
 No fueseis reina ni dama,  
 Y veriamos los dos  
 De que modo ; vive Dios!  
 La palabra se reclama.  
 Os presta el sexo broquel  
 Y la calidad escudo,  
 Y nunca un súbdito pudo  
 Llegar su espada hasta él.

Dad las gracias, si discreto  
 Me porto de esta manera,  
 A hallaros en una esfera  
 Donde el trono es parapeto.  
 El ser mujer os abona ;  
 Sabed, pues, que os ha salvado  
 Por una parte el tocado  
 Y por otra la corona.  
 De otra suerte fuera mengua  
 Ventilar este negocio  
 Con las espadas en ocio  
 Y el argumento en la lengua.  
 Pero es fuerza que sepais  
 Que aunque hasta el trono no alcanza  
 De un súbdito la venganza,  
 Cuando del trono abusais ;  
 Hay quien reyes no respeta  
 Porque es de los reyes rey,  
 Tiene por cetro la ley  
 ; Y desgraciada si os reta !  
 Este monarca tan fuerte  
 Menos alto está que Dios,  
 Pero mas alto que vos  
 Y es dueño de vuestra suerte.  
 A este monarca acatad,

No le queráis oprimir,  
 Que tiene por porvenir  
 Entera la eternidad.  
 ¿No adivinasteis quien es  
 Un tan fuerte soberano?  
 Es el pueblo, este que en vano  
 Quereis que os bese los pies.  
 Deponed vuestra arrogancia ;  
 Ved que su causa es la mia ;  
 Yo tal vez desistiria  
 En distinta circunstancia.  
 Él no sufrirá jamás  
 Que se escatimen sus leyes,  
 Y aunque os apoyen cien reyes  
 Probará quien puede mas.  
 Señora, pensadlo bien ;  
 Contra el pueblo á luchar vais,  
 Y es preciso que sepais  
 Que el pueblo es vuestro sosten.  
 Ved que conflicto os alcanza,  
 Que sobrecarga de mal,  
 Deber vos misma el puntal  
 Atropellar que os afianza.  
 En cuanto á mí, mas servicios  
 No he de prestar tras la ofensa,

Y os pido por recompensa  
 De mis muchos sacrificios,  
 Que admitais á voluntad  
 La dimision que os presento  
 De mis honores sin cuento,  
 Títulos y dignidad.  
 Esto y nada mas os ruego,  
 Mi dimision aceptad,  
 O la sancion retirad,  
 Que habeis dado, desde luego.»  
 ¡ Oh ! ¡ quanto me apesadumbra  
 Tan funesta dimision !  
 Bien en ella se vislumbra  
 De Espartero la intencion.  
 — Admitídsela, á la vez  
 Clama todo cortesano,  
 Y derribais su altivez,  
 Y le volveis á villano.  
 — Cayera eterno baldon  
 Sobre vuestra frente ahora,  
 Si retiraseis, señora,  
 Por miedo vuestra sancion.  
 Mucho parece que os pesa  
 Haberla dado, á mí no ;  
 Se sostendrá, pues se dió. —

Asi un ministro se espresa.  
—La posdata no os leí,  
Dice Cristina, y es ella  
Lo que me causa mas mella;  
La posdata dice así:  
«Mi resolucion es esta;  
No seais en contestar tarda,  
Que junto al palacio aguarda  
Todo el pueblo la respuesta.»  
¿Que os parece la posdata?  
Os ha dejado de hielo...  
—Teneis razon ¡vive el cielo!  
La posdata es lo que mata.  
Veamos desde el balcon  
Si ya el pueblo se amotina...  
¡Dios mio! ¡que sarracina!  
—¡Que gritos! ¡que confusion!  
—En este pueblo hay fiereza...  
—¡Oigamos! ¿que está diciendo?  
—Poca cosa; está pidiendo  
No mas que nuestra cabeza.  
—¡Y todos llevan fusil!...  
—Mandad que se vayan luego...  
—¡Si la tropa no hace fuego!  
—¡Si son mas de veinte mil!

—Quisiera huir y no puedo...  
; Veinte mil, fieros cual hienas!—  
( Y eran trescientos apenas,  
; Que hipérboles tiene el miedo! )  
—Y bien ; que quiere esa jente!  
Dice Cristina azorada.  
—Es fuerza sea, rejente,  
Vuestra sancion retirada.  
—Pues bien, suspendida queda,  
La retiraré otro dia ;  
Por salir de esta vereda  
Cualquier sacrificio haria.—  
Se presenta desde luego,  
De órden suya, un emisario  
Al tumulto temerario  
Que está de cólera ciego.  
Y al frente del pueblo mira  
'Tambien lleno de ardimiento,  
Tambien abrasado en ira,  
Al patriota Ayuntamiento.  
Es vana su pretension  
De disipar la ansiedad,  
Y calmar la ajitacion  
Que cunde por la ciudad.  
'Todos los grupos preguntan,

Y tanto sin cesar crecen  
 Que al cabo en uno se juntan  
 Y la gran plaza ennegrecen,  
 Como un paño funerario  
 Tendido en el pavimento,  
 Y á la voz del emisario  
 Todos hierven al momento.  
 La turba á su rededor,  
 Oyendo hablar de Cristina,  
 Con agitacion mayor  
 Se agolpa y se remolina,  
 Cual un torrente que encuentra  
 En su cauce una abertura,  
 Y allí bulle, y se concentra  
 Rápidamente y murmura.  
 Les dice que la rejente  
 Ve del pueblo la opinion  
 Y que en suspender consiente  
 La virtud de su sancion.  
 —En nombre de quien venís,  
 Dice al punto un concejal,  
 ¿Por creer lo que decís  
 Hay garantia cabal?  
 —Cristina misma.—No, no.  
 ¿Quien en sus promesas fia?

Ya al conde-duque engañó...

Es muy pobre garantía.

—Pues entonces ¿que quereis?

—¿Nos preguntais que queremos?

Si acaso no lo sabeis,

Harto pronto os lo diremos.

Es la nuestra voluntad,

Pues nos tiene el furor ciegos,

Acuñar la libertad

Con cráneos de palaciegos.

—Es mucho pedir, hermanos...

—Al menos del pie del trono

Huyan esos cortesanos

Que alimentan nuestro encono.

Que caiga esa camarilla,

Cuyo torpe aliento empaña

La corona con que brilla

La frente de un rey de España.

Que sean reemplazados

Esos viles consejeros

Por hombres mas abonados,

Mas sesudos, mas enteros.

Esto á la reina direis;

Si transaccion pide acaso,

El pueblo le añadireis

Que no retrocede un paso.  
 Decidle, si el caso llega,  
 Que hay armas y municiones  
 Con que el pueblo en la refriega  
 Hará valer sus razones.

## IV.

Mientras se está dando cuenta  
 A Cristina del mensaje,  
 Se oye el chirrion de un carruaje  
 Que se acerca, pues aumenta.  
 Se ven dos luces de noche  
 Que, paralelas marchando,  
 Al pueblo van anunciando  
 La aproximacion de un coche.  
 El coche llega lijero  
 A la puerta de palacio,  
 Y atruenan luego el espacio  
 Gritos de «viva Espartero.»  
 ¡Es él! el pueblo le aclama  
 Y ansioso le vitorea,  
 Él en el atrio se apea,  
 Luego arriba se encarama.  
 Como si entrara en su casa,  
 Y sin saludar apenas,  
 Dando miradas serenas,

Entre los hidalgos pasa.  
Ellos buscan de mil modos,  
Protestándole amistad,  
Captarse su voluntad,  
Pero él se burla de todos.  
Muy seco, apenas contesta,  
Y así su intención esconde,  
Que á los que mucho responde  
Les da una media respuesta.  
Con monosílabos cansa  
A la chusma impertinente  
Que, siendo tan insolente,  
Se le presenta tan mansa.  
Y en esto mismo aparece  
Su refinada malicia,  
Pues el que mas le acaricia  
Es el que mas le aborrece.  
El furor, por de contado,  
De Cristina se exagera,  
Y para hablar con reserva  
Él se coloca á su lado.  
No se sabe lo que hablaron,  
Pero hablaron larga pieza,  
Y el asomó la cabeza,  
Cuando el coloquio acabaron,

A un soberbio mirador  
De dó vió la plaza entera,  
Y arengó de esta manera  
A los de su rededor:

«Camaradas, responded,

«¿Confianza teneis en mí?

El pueblo responde ¡si!

«Pues lo que os diga creed.

«Ya ha quedado suspendida

«Esa ley de ayuntamientos,

«Que socava los cimientos

«De la libertad querida.

«El trono ya está al abrigo

«Del ministerio falaz,

«Que turbaba vuestra paz

«De las leyes enemigo.

«Y no haya miedo que tarde

«En disipar con mi espada

«La camarilla malvada

«Que os sojuzgaba cobarde.

«Marcháos, pues, satisfechos,

«Descansad en mis promesas;

«Las leyes dejaré ilesas,

«Ilesos vuestros derechos.

«Y será la España bella,

«Como un día, floreciente,  
«Feliz, libre, independiente,  
«Y Espartero digno de ella.»  
Rueda por el horizonte  
Aplauso muy largo y lleno,  
Como retumbante trueno  
Que se prolonga en el monte.  
La imponente multitud  
Se disipa muy contenta.  
Y reina, tras la tormenta,  
Una profunda quietud.  
Cual sucede en el estío  
Si, estando el cielo azulado,  
Cae aguacero impensado  
En medio de un gran jentío,  
Queda la plaza escobada;  
Tan solo, junto á palacio,  
Se ve paseando despacio  
La centinela callada,  
Y las luces ambulantes  
Del sereno yagabundo  
Que mientras descansa el mundo  
Él le cuenta los instantes.  
Todo duerme, todo calla,  
Tan solo el sereno grita,

Y el soldado en su garita  
 Que, guardando la muralla,  
 Con su alerta el aire llena  
 Cuando otro alerta percibe;  
 Luego otro el suyo recibe  
 Y se forma una cadena.  
 Todo Cristina lo escucha  
 Sin poder dormir, que el sueño  
 Teme al parecer su ceño  
 Y la rabia con que lucha.  
 Su camarilla murmura,  
 Y es el fuego de sus ojos  
 De sus internos enojos  
 Ardiente rebosadura.  
 Lágrimas Cristina vierte  
 Que sus mejillas abrasan,  
 Y á cuantos ante ella pasan  
 Se dirige de esta suerte:  
 «Mirad en que laberinto  
 Me habeis, necios, internado....,  
 ¡Ah! ¡nunca hubiera el recinto  
 De Castilla abandonado!»



## ROMANCE XVIII.

Es para los partidarios  
Que en Barcelona ha Cristina  
Aspera y mortal espina  
El triunfo de sus contrarios.  
Viendo que está suspendida,

Por contraria á la nacion ,  
Llevando ya la sancion  
De la rejente abatida,  
La ley en que ellos fundaban  
Su esperanza lisonjera  
Y esclavitud duradera  
Del pueblo que detestaban;  
Una tarde bien apuestos  
Y ricamente ataviados,  
Junto á palacio agrupados,  
Maquinan planes funestos.  
Alli tratan de hacer ver  
A la cuitada rejente  
Que aun le queda mucha jente  
Que la sabrá sostener.  
Alli tratan de probar  
Que aunque el duque la humilló,  
No faltan hombres de pro  
Que la quieren levantar.  
Que aunque es fuerte y respetable  
El partido de Espartero,  
Compuesto está todo entero  
De una chusma miserable,  
Gentes todas sin fortuna,  
Sin rango, sin porvenir,

Que en vano intentan salir  
Del fango vil de su cuna.  
Que todos magnates son  
Allí demostrar pretenden  
Los vencidos que defienden  
A Cristina de Borbon.  
Por esto en aquella tarde  
Se acicalaron del todo,  
Intentando de este modo  
De riqueza hacer alarde.  
Y con tanta fantasía  
También entre ellos algunos  
Hecho habian mas ayunos  
De los que su hambre quería.  
Ni faltó algun majadero  
Que para aumentar su bando  
Fue lacayos alquilando  
Con disfraz de caballero.  
Y arrieros mas de tres,  
Queriendo parecer algo,  
Tomaron traje de hidalgo  
De la cabeza á los pies.  
Daba grima tanto absurdo,  
Ver tanto esquisito paño  
Hombres cubriendo que antaño

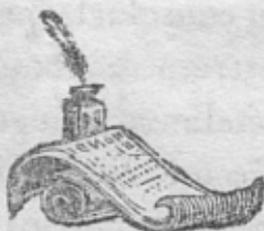
Abrigaba paño burdo.  
Alli todos de tropel  
Aguardaban que saliera  
Cristina para que viera  
La flor de su bando fiel.  
Mas, antes que la rejente,  
El duque de la Victoria  
Con serenidad notoria  
Y con ademan valiente,  
Atravesó muy despacio,  
Sin escolta y sin abrigo,  
Entre el enjambre enemigo,  
La gran plaza de palacio.  
Envolvian mil enojos  
Las miradas que lanzaba,  
Y así, mientras caminaba,  
Le abrian paso los ojos.  
Que aquella enemiga tropa  
Cauce le quiso formar,  
Sin tocar su ropa osar  
Cual si quemase su ropa.  
Luego Cristina salió  
Con toda su comitiva,  
Y un tan prolongado viva  
La plaza entera lanzó,

Que la música sonaba  
Y la carroza rujía,  
Y ni música se oía,  
Ni carroza se escuchaba.  
Entre vitores sin fin  
A Cristina prodigados,  
Dieron mueras los menguados  
Al invicto paladín,  
Al conde-duque sin par  
Que se hallaba en un balcon,  
Serenos como un alción  
Entre el bramido del mar,  
Mirando con frente altiva  
Y con sonrisa burlona  
Aquella necia intentona  
De hidalgos de perspectiva.  
Pero algunos partidarios  
Del duque, oyendo las voces  
Subversivas y feroces  
De sus torpes adversarios,  
Supieron en un instante  
Poner á todos mordaza,  
Y convirtieron la plaza  
En un campo de Agramante.  
No quedó cabeza sana,

Hubo fracturas á escote,  
Que arma fiera es el garrote  
Y ademas muy catalana.  
¡ Cuantos cráneos se rompieron,  
Miembros se acardenalaron,  
Camisas se desplancharon,  
Casacas se descosieron!  
¡ A que hombre de corazon  
No desconcierta y espanta  
Ver mezclada sangre tanta  
Con pomada y almidon!  
Por fortuna la refriega  
Poco, muy poco duró,  
Que toda la gente huyó  
De súbito espanto ciega.  
Casacas de paño inglés  
Quedaron hechas harapos,  
Y huyeron como gazapos,  
Que alas da el miedo á los pies,  
Aquellas gentes altivas  
Poco antes, que osaron fieras  
A Espartero dar mil mueras  
Y á Cristina dar mil vivas.  
Cuando Cristina volvió  
A palacio, aun no era noche,

Y aun desde su regio coche  
Restos de los suyos vió.  
Palpitantes en el suelo  
Vió despojos ¡oh dolor!  
Un sombrero de castor  
Allí, mas acá un pañuelo.  
Mas lejos ve como pisa  
Su comitiva arrogante  
Ora un chaceco flamante  
Ora un cuello de camisa.  
Lágrimas vierten sus ojos  
Al contemplar esparcidos  
De sus campeones queridos  
Los tristes despojos.  
Ni una esperanza remota  
A la desdichada queda.....  
¿Hay quien consolarla pueda  
De esta postrera derrota?  
«¡ Como, esclama, pongo dique  
Al furor de mis contrarios,  
Si tengo por partidarios  
Paladines de alfeñique!  
Soy perdida sin remedio;  
Ya esta ciudad abandono  
Que me mira con encono

Y que yo habito con tedio.  
Adios, Barcelona impia,  
Ciudad. de tigres y hienas,  
Plegue á Dios que mis cadenas  
Puedan sujetarte un dia.  
Hoy me vence tu pujanza ;  
No te rias de mi lloro,  
Que aunque sea en pais moro  
He de mendigar venganza.  
Que si puedo uncirte al yugo,  
Pondré para hollar tu raza  
Un cadalso en cada plaza  
Que haga sudar al verdugo.»



## ROMANCE XIX.

—Aquí estoy con frenesí,  
Dice Cristina, cuidad  
De que salgamos de aquí,  
Que me pesa esta ciudad.  
Disponed, pues, mi equipaje

Y mi coche de camino,  
Que á emprender muy pronto viaje  
Me fuerza mi cruel destino—  
Y el mayordomo responde:  
— ¿Do quereis marchar, señora?  
¿A Madrid tal vez?—¿Pues donde?  
—No es posible por ahora.  
—¿Como! hablad... ¿que lo prohíbe?  
—Lo que aqui os prohíbe estar.  
—Mas mi mente no concibe.....  
Hablad, no me hagáis penar.  
—Espantosa insurreccion  
Estalló en la capital,  
Al saberse la sancion  
De aquel proyecto fatal.  
—Pero, en fin, allí vencidos  
Los rebeldes deben ser,  
Que hay soldados aguerridos.....  
—Que armas no quieren hacer  
Contra el pueblo; se han pasado  
De tal suerte al enemigo,  
Que apenas queda un soldado  
Que os quiera prestar abrigo.  
—Iré, pues, á cualquier parte  
De la bella Andalucia,

—Tambien allí su estandarte  
Tremola la rebeldia,  
—Iré, pues, á la Coruña.....  
—Se han rebelado tambien.  
—¡ Con que nadie el arma empuña  
Para prestarme un sosten !  
Por supuesto que Aragon.....  
—Brama cual revuelto mar ;  
Zaragoza es un leon  
Que nadie pudo domar.  
—¿ No hay solo un punto tranquilo ?  
¿ No puedo llevar mi corte,  
Buscando seguro asilo,  
A las provincias del norte ?  
—¡ Al norte ! nunca, rejente,  
Que allí blanquean la tierra  
Huesos de tanto valiente  
Como pereció en la guerra.  
Allí el arado tropieza  
Del labrador enlutado  
Con el brazo ó la cabeza  
De un hermano mutilado.  
¿ Y allí buskais un consuelo,  
Buskais una simpatía,  
Si sangre mancha aquel suelo

Y está tibia todavía?  
 ¿Allí, infeliz, no sabeis  
 Que á cada paso una gloria  
 Por vuestro mal hallareis  
 Del duque de la Victoria?  
 ¿Y que os llenará de hiel  
 Errar vos como un mendigo,  
 Y donde quiera un laurel  
 Encontrar del enemigo?  
 —Pensamientos de venganza  
 Están quemando mi sien,  
 Y el que la busca la alcanza  
 Si sabe buscarla bien.  
 Solo venganza alimento,  
 Y es tan terrible mi encono  
 Que estimo en este momento  
 Mas la venganza que el trono.  
 Yo para saciar mi saña  
 Daré cuanto se me ecsija;  
 Diera la mitad de España  
 Y hasta el cetro de mi hija.  
 Ambiciosos que os matais  
 Por una cruz, por un grado,  
 Yo os daré cuantos queráis,  
 Venid, luchad á mi lado.

De diamantes os daré  
Cuanto pese el corazon  
Del iúgrato á quien saqué  
De su villana extraccion,  
Aunque necesario sea  
Las piedras desengastar  
De la mas rica presea  
Que han visto reyes brillar.  
¡Y soy aquella mujer  
Cuyo nombre solo un dia  
Endulzaba el padecer  
Del valiente en su agonía!  
¿Soy yo aquella que adquirí  
En cada pecho un sagrario,  
Cuando España para mi  
Era entera un incensario,  
Que mi trono perfumaba  
Con tan sincera afeccion  
Que el incienso se quemaba  
En ascuas del corazon?  
¡Y ahora infeliz mendigo  
Un bravo que me proteja,  
Y no encuentro un solo amigo  
En quien forme eco mi queja!  
¿Donde están aquellos bravos

Que daban por escabel,  
 Gloriosos de ser esclavos,  
 A mi pié su pecho fiel?  
 A mis plantas se humillaban  
 Para servirme de alfombra,  
 Y ver pintada anhelaban  
 En sus bordados mi sombra.  
 Generales cual vil heno  
 Mil y mil veces pisé,  
 ¡Y hora ni encuentro terreno  
 Do poder sentar el pié!—

---

El dolor con los sollozos  
 Formó un nudo en su garganta,  
 Y el llanto acabó las quejas  
 Que empezaron las palabras.  
 Que, cuando estan aflijidas,  
 Es propiedad de las damas  
 Tener ojos que se encarguen  
 De lo que la boca calla.  
 Tambien lloró el mayordomo,  
 Que es obligacion sagrada  
 Verter llanto el palaciego  
 Cuando lo vierte el monarca.  
 Ambos lloraron gran pieza,

Mas por fortuna una carta  
Recibió en aquel momento  
Cristina desconsolada,  
Que serenó su semblante,  
Tornó á su pecho la calma,  
Y devolvió á sus pupilas  
El fuego de la esperanza.  
Esta carta lisonjera  
En Valencia era fechada ;  
Cerrada estaba con lacre  
Y por Odonell firmada.





## ROMANCE XX.

LA salva, que se eslabona  
De fuerte en fuerte, es señal  
De que Cristina abandona  
Con la familia real  
Los muros de Barcelona.

De la pólvora quemada  
Va el humo robando al día  
Las rosas de su alborada,  
Y es la salva contestada  
Por buques de la bahía.

De un vapor á bordo avanza  
Cristina, que ansia llegar  
A Valencia, do ha esperanza  
De poder por fin hallar  
Su apetecida venganza.

Que Odonell, cuya bravura  
Está bien acreditada,  
La victoria le asegura,  
Y por la cruz de su espada  
Vengar sus agravios jura.

En la carta que escribió  
Así á Cristina decía:

«No vereis, señora, no  
«En triunfo á la rebeldía,  
«Mientras tenga espada yo.

«Que me precio de valiente

«Y aun me precio mas de fiel,  
«Y así hallareis, la rejente,  
«Para hacer al riesgo frente  
«En mi lealtad un broquel.

«Un ejército acaudillo  
«Numeroso como fiero,  
«Y aunque, en verdad, considero  
«Que está ciego con el brillo  
«De las glorias de Espartero ;

«Dócil me obedecerá  
«Como un perro á su señor,  
«Que subordinado está,  
«Y fiero acribillará  
«Las entrañas del traidor.

«A Valencia venid pues  
«Do asilo teneis seguro,  
«A Valencia do os auguro  
«Que pisarán vuestros pies  
«Los despojos del perjuro.»

Por eso Cristina ansiosa  
Que, mientras marcha, en idea

De mil modos saborea  
La venganza que la acosa,  
Llegar á Odonell desea.

¡ Cuanto alarga su ansiedad  
Las horas que en llegar tarda  
A la anhelada ciudad!  
¡ Con cuanta impaciencia aguarda  
Acreditar su crueldad!

Pregunta á cada momento  
Que tiempo falta en llegar;  
Las alas envidia al viento,  
Cuando le siente pasar  
Mas veloz que el pensamiento.

Se dirige hácia la prora;  
Crece su afan mas y mas;  
Ve la quilla cortadora,  
Que parece que devora  
Las olas que deja atras.

Muchas olas atras deja,  
Y aunque esto place á Cristina,  
Dice ella en tono de queja:

«¿Valencia acaso se aleja  
«Mientras el barco camina?»

Dice al punto un palaciego:  
—Ya estamos cerca, señora,  
No os impacientéis, os ruego,  
—¿Falta mucho?—Media hora  
Que la pasaremos luego.

Mirad, mirad por aquí.....  
¿No veis á modo de un monte.....  
—Si..... me parece que sí,....  
Muy pegado al horizonte...  
—Pues bien, Valencia está allí.

Y en efecto, aunque distante  
Está Valencia del mar,  
Su sien antigua y jigante  
Ve hasta el cielo levantar  
De lejos el navegante.

Desde el Gráo hasta Valencia  
Tienen la senda ocupada  
Tropas de marcial presencia  
Que, formadas en parada,

Aguardan con impaciencia,

Mas apenas con su quilla  
Besa su rada el vapor,  
Una vistosa barquilla  
Se columpia al rededor  
De las reinas de Castilla.

Y de una sola arrancada  
La navichuela lijera  
A la playa las traslada,  
Donde Odonell las espera  
Para ofrecerlas su espada.

Himnos muchos y á porfía  
Iban músicas vertiendo,  
Pero toda su armonía  
Ofuscaban con su estruendo  
Las salvas de artillería.

Y sin embargo Cristina  
Todas sus confianzas pierde;  
Nuevo tormento la muerde...  
Ni su espíritu fascina  
La campiña siempre verde,

Ni el ambiente siempre puro,  
Ni el cielo siempre sereno  
De aquel clima tan ameno  
Que es un resto, á buen seguro,  
Del paraíso terreno.

Muy mucho la apesadumbra  
Y desgarrá su alma altiva  
Ver que no recibe un viva,  
Aunque use, como acostumbra,  
Su sonrisa tan nociya.

Con Odonell que la causa  
Pregunta de su tristeza,  
Razona muy breve pieza,  
Y el bravo, tras una pausa,  
Responde así con fiereza:

— ¡Vive Dios, que vos en mi  
No teneis confianza, no!  
¡Que! ¿dudais que deje yo  
De cumplir lo que ofrecí?

¡Sentis que esté tan callado  
El pueblo! ¿el pueblo que importa?

Tengo un acero que corta  
Y un héroe en cada soldado.

En mi puño está Valencia,  
Y así la he de sujetar  
Que ni pueda respirar  
Sin que me pida licencia.

—¿Y si es infiel el soldado?  
Interrumpe la rejente,  
Si hacer armas no consiente  
Contra el pueblo amotinado,

¿Qué valdrá vuestra arrogancia?  
Qué haré en lance tan temido?  
—Marchar por do habeis venido  
Y no parar hasta Francia?

—¡Es un recurso cruel!  
—En caso tan apurado  
Dése por afortunado  
Quien pueda salvar la piel.—

Esto Odonell respondió,  
Y apesarada Cristina

Cuando al palacio llegó  
En que Odonell la dejó,  
Dijo asaz triste y mohina:

Parece que esto va mal,  
Tengo que dejar mi puesto  
Y cederlo á mi rival.....  
¡ Mucho me exaspera esto !

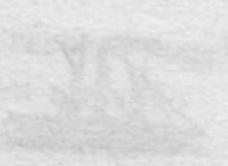
Ven, Espartero, á ocupar  
Mi puesto... ¡ Alcalde insolente !  
Es mas facil derribar  
Que al jeneral al rejente.—



( 215 )

Quando el viento levanta  
 En que Obsequio la dejo,  
 Dijo una vez y dijo: en el  
 Tercio que esta en el mar  
 Tercio que esta en el mar  
 Y echo a mi rival...  
 Y hecho me expone esto... Y

Verdaderamente a ocupar  
 Mi puesto... Alas de los  
 Es mas facil decir  
 Que el teniente al punto  
 Que el teniente al punto  
 Que el teniente al punto  
 Que el teniente al punto



El teniente al punto  
 El teniente al punto  
 El teniente al punto  
 El teniente al punto

Como el héroe de Carabanchel  
Conseguir á los reyes de España  
Brava suerte y gloria para el rey  
Cuyo hijo organizó el día

A España le dio un día  
De gloria y de honor  
De la patria le dio un día  
De gloria y de honor

A Madrid le dio un día  
De gloria y de honor  
De la patria le dio un día  
De gloria y de honor

### ROMANCE XXI.

En la patria le dio un día  
De gloria y de honor  
De la patria le dio un día  
De gloria y de honor

No bien la infeliz rejente  
De Cataluña saliera,  
Puesta su fe toda entera  
En la espada de un valiente,

Cuyos bríos arrogantes  
Brazo fuerte y clara fama  
Consagra á llorosa dama  
Como el héroe de Cervantes,

Cuando una hermosa corona  
Muy labrada, muy febrida,  
Dedica reconocida  
A Espartero Barcelona.

Es la presea un tesoro  
De una labor prolongada,  
Esquisita, trabajada  
A martillo, y toda de oro.

Dos laureles representa  
Con las hojas y sus venas  
Tan naturales que apenas  
El arte en ellas se ostenta ;

Y esto prueba la destreza  
De artifice consumado,  
Cuyo principal dechado  
Es siempre naturaleza.

Los dos laureles ha unido  
Un lazo de oro muy fuerte,  
Y elaborado de suerte  
Que cual cinta está tejido.

Y con la luz que refleja,  
La corona se retrata  
Y reproduce en la plata  
De una muy tersa bandeja.

El gentío con anhelo  
Quiere ver tan rica joya,  
Que en una tabla se apoya  
Forrada de terciopelo.

Cuatro heróicos milicianos,  
Muy gloriosamente heridos  
En combates repetidos,  
Llevan la corona ufanos,

En cuyo lazo esculpida  
Hay esta inscripcion de gloria:  
«Al duque de la Victoria  
«Barcelona agradecida.»

De los cuatro van en pos  
Y delante y á los lados  
Los concejales formados  
Con orden, de dos en dos.

Y así atraviesan de gente  
Un mar que las calles ciega,  
Hasta que el cortejo llega  
Do está la tropa imponente.

Toda está formada en masa  
En el espacioso glásis,  
Y cual palma de una oásis  
Cuya copa altiva pasa

Las plantas que al rededor  
Vejetan humildemente,  
Alza Espartero su frente  
Entre su estado mayor.

Del sol fatiga las luces  
Con el oro de su pecho,  
Que parece campo estrecho  
Para tal copia de cruces.

Llegado el ayuntamiento  
Aclamaciones provoca,  
Y en una mesa coloca,  
Que está allí puesta al intento,

La corona refulgente  
Que tantas miradas llama,  
Y al duque vuelto, así esclama  
Del cabildo el presidente:

—Hoy hace un año, señor,  
Que en los campos de Vergara  
Añadisteis fama clara  
A la que os logró el valor.

Después que en combates mil  
Mil victorias obtuvisteis,  
Con un abrazo pusisteis  
Fin á la guerra civil.

Mucho admira Barcelona  
Vuestro valor y virtud,  
Y en prueba de gratitud  
Os ofrece esta corona.—

Dice, y luego un concejal,  
Síndico procurador,  
Al famoso vencedor  
La gran corona triunfal

Presentando, con acento  
Que su conmocion confiesa,  
Sus sentimientos espresa  
En este razonamiento:

—No bien esta capital  
Supo que Morella erguida  
Dobló su frente, abatida  
Por vuestra tropa leal,

Cuando auguró muy cercana  
La tan suspirada paz,  
No fue su agüero falaz,  
Ni su esperanza fue vana.

Tan seguro el resultado  
De vuestra empresa previmos,  
Que parabienes nos dimos  
Antes de haberse alcanzado.

Y en nombre de esta ciudad  
Resolvió su Ayuntamiento  
Su puro agradecimiento  
Mostraros y voluntad.

Cayó, en efecto, Morella  
Bajo el poder de los buenos,  
Cayeron de asombro llenos  
Los guarecidos en ella,

Y á esta victoria siguieron  
Victorias y mas victorias,  
Que á vos os dieron mil glorias  
Y á nosotros paz nos dieron.

Esta corona es ofrenda  
Digna y muy digna, Espartero,  
De quien embotó el acero  
De la intestina contienda.

Pero escuchad: si algun día,  
Lo que no será, traicion  
Haceis á la gran nacion  
Que en vos su ventura fia ;

Si con posteriores hechos  
Amancillais los pasados,  
Y son del pueblo pisados  
Por vuestro pie los derechos ;

Que este laurel quiera Dios  
Martirice vuestra sien,  
Y que su brillo tambien  
Él pierda á la par de vos.

Que se convierta en escoria  
Todo el oro de este don,  
Y que os sirva de baldon  
El que emblema es hoy de gloria.

—Asi sea, el gran caudillo  
Esclama ; yo esa corona  
No mancharé ; bien abona  
Mi patriotismo su brillo.—

La corona toma luego  
Con su victoriosa diestra,  
Y al ejército la muestra  
Diciendo con voz de fuego:

—A vosotros hoy en mi  
Se os obsequia, camaradas;  
Mucho batallé y vencí,  
Mas las glorias que adquirí  
Son por todos alcanzadas.

Allá en el campo enemigo  
Luchando como leones,  
Los riesgos y privaciones  
Repartido habeis conmigo;  
Repartamos los blasones.

Este premio mereció  
Todo el ejército entero,  
¿A quien pues lo dare yo?  
Para vosotros lo quiero,  
Que para mi solo no.—

La muchedumbre le aclama,  
Y se ve mas de un soldado  
Que tiene el rostro surcado  
Por el llanto que derrama.

Que no hay soldado feroz,  
Ni corazones de acero

Que no conmueva Espartero  
Con la magia de su voz.

Luego forman pabellon  
Los victoriosos pendones  
De todos los batallones,  
Y en el asta del pendon

Que en el centro colocado  
Entre los demas descuella  
Pone la corona bella  
El caudillo entusiasmado.

Delante de las banderas  
Va desfilando en seguida  
Aquella tropa aguerrida  
Que en lides muchas y fieras

Las vió retar la metralla,  
Ondear entre polvo denso,  
Recibiendo por incienso  
El humo de la batalla.

Es inmensa la algazara  
Con que todo el vecindario

Celebra el aniversario  
Del convenio de Vergara.

No hay balcon sin colgadura,  
Y en todas partes impera  
La alianza mas sincera  
Y la alegria mas pura.

Es ya noche, y á porfia  
Brillan luces de tal suerte  
Que Barcelona no advierte  
Casi la ausencia del dia.

Las Casas consistoriales  
Con su frontis adornado  
Y ricamente colgado,  
Con sus bandas militares

Atraen jente y mas jente  
Que contempla aquel ornato  
Y de Espartero el retrato  
En un cuadro transparente.

¿Que hace entre tanto Cristina?  
Cuando supo por su mal

La gloria de su rival  
Que ella en el alma abomina,

A su pesar sus enojos  
Con lágrimas delató,  
Y muy ceñuda volvió  
A Barcelona los ojos.

Y dijo: «Fortuna impia,  
Vuelve el pasado poder  
A esta infelice mujer,  
Vuelvése solo un día,  
Que venganza ha menester.»



ROMANCE XXII.

ESPARTERO y la rejente  
En Valencia están los dos;  
Aquel lleno de esperanza,  
Esta llena de dolor.  
La gloria del duque crece

Y la de Cristina no;  
Espartero escita envidia,  
La rejente compasion.  
Esta es la luna que muere  
Cediendo el dominio al sol,  
Aquel es el sol que nace  
Cuando la luna murió.  
Brilla el duque con luz propia  
Porque es la luz de su honor;  
A Cristina presta el brillo  
La alcurnia de que nació.  
Y este brillo con sus hechos  
De tal manera menguó  
Que ha perdido ya en España  
La rejente su esplendor.  
Los jenerales adictos  
A Cristina de Borbon,  
Emulos del de Victoria  
A quien odian con furor,  
En vano atajar ensayan  
El vuelo del campeon,  
Que sube al poder supremo  
En alas de la Nacion.  
En vano arengan las tropas  
Que Odonell acantonó,

Para derribar al duque,  
De Valencia al rededor.  
Los soldados se hacen sordos  
De esos jefes á la voz  
Y ni sobornar se dejan  
Por el oro corruptor.  
Idolo suyo es el pueblo,  
El conde duque es su Dios,  
Y contra objetos tan caros  
No gastan el plomo, no.  
¡Pobre Cristina! creia  
En el soldado español  
Hallar un ciego instrumento  
De su tirana ambicion,  
Y un desengaño tardio  
Mal su grado le enseñó  
Que en España los soldados  
Soldados del pueblo son.  
Viéndose desamparada,  
Sin prestigio, sin favor,  
En fin se dió por vencida  
Y al conde-duque llamó.  
Ya en el rejio alojamiento  
De Valencia estan los dos,  
Lleno el duque de esperanza

Y ella llena de dolor.  
Pero no estan los dos solos,  
Porque en el mismo salon  
Estan tambien congregados  
Magnates y hombres de pro.  
Allí estan cuatro ministros,  
Allí el duque de Alagon,  
Allí el marques de Malpica,  
Caballerizo mayor,  
Y otros muchos personajes  
Que son de España la flor,  
Jenerales, majistrados,  
Varones de distincion,  
Diputados de provincia,  
Un alcalde, un rejidor,  
Canónigos y deanes  
Y jefes de division.  
Allí se hallan convocados,  
Y todos testigos son  
De la renuncia formal  
Que hace Cristina á favor  
Del duque de la Victoria,  
Quien rejirá la nacion  
Hasta el día en que las cortes  
Determinen lo mejor.

Cristina ya no es rejente,  
Ved como ruje un vapor  
Cuya negra chimenea  
Con humo encapota al sol.  
Ved como al zarpar el buque  
Dan á Cristina un adios  
Los cien tacos despedidos  
Por cien bocas de cañon.  
Y ni una lágrima estéril  
Acompaña á la que holló  
Do quier flores que esparcía  
Placentero el español.  
Vedla camino de Francia,  
Sus hijas dejando en pos,  
Con los párpados caidos,  
Destrozado el corazon.  
Y es fama que cuando el buque  
Rapidamente cruzó  
Las aguas de Barcelona,  
Una mirada de horror  
En sus muros la ex-rejente  
Desesperada clavó.  
Y es fama que desde lejos  
Con ira la dirigió  
Una amenaza siniestra

Y una airada maldicion.  
;Ay! y mientras navegaba  
El gran golfo de Leon,  
Cuyas borrascas remedan  
Su agitacion interior,  
Con la reina y con la infanta  
El rival que la venció  
Se dirijia á Madrid  
Mirando á su rededor,  
No las enojadas olas  
De un golfo devorador,  
Sino un jentio entusiasta  
Que, como si fuese un Dios,  
Acataba reverente  
Al invencible campeon.  
;Ah! llora, llora, Cristina,  
Que Espartero te venció ;  
Tú entras en Francia proscrita,  
Él en Madrid triunfador.



## ROMANCE XXIII.

El pueblo en cortes unido  
La rejencia confirmó  
En el duque esclarecido,  
Que tantas pruebas le dió  
De ser un héroe cumplido.

Estan con los diputados  
En un soberbio salon  
Los senadores sentados ;  
Tiene allí toda nacion  
Ministros y delegados.

Y coronadas están  
Las galerias de gente  
Que aguarda muy impaciente  
Y con manifiesto afan  
Que llegue el nuevo rejente.

Un secretario leyó  
El acta de nombramiento ;  
La lectura concluyó,  
Y del salon al momento  
Una comision salió.

Y esta comision que fue  
Del conde-duque al encuentro,  
Luego con él vuelve adentro ;  
Todos se ponen de pie  
Y Espartero ocupa el centro.

De allí pasea arrogante

Una mirada serena  
En torno el salon brillante,  
Y el concurso que lo llena  
Solo mira su semblante.

El duque al derecho lado  
Se pone del presidente,  
Quien con acento esforzado  
El juramento sagrado  
Toma del nuevo rejente.

«Por Dios vos debeis jurar  
«Y los Evangelios santos  
«Guardareis y hareis guardar,  
«Sin esponerla á quebrantos,  
«La ley que es fuerza acatar.

«Y debeis jurar tambien  
«Que, en cuanto hiciereis, no mas  
«Mirareis del pueblo el bien,  
«É infiel no sereis jamas  
«A la que ciñe su sien

«Cón la diadema preciada  
«De esta vasta monarquía

«Cuya suerte os es confiada,  
«Hasta que de minoría  
«Salga nuestra reina amada.»

«*Si juro*, dijo Espartero,  
«Y si lo contrario hiciere  
«Ni obedecido ser quiero,  
«Y lo en que contraviniere  
«No debe ser valedero.»

Acabó, y con frenesí  
Todo el concurso aplaudió,  
Y el presidente añadió:  
«Dios os lo premie si así  
«Lo hicieréis, y si no, no.»

La ceremonia acabada,  
Manifiesta sus deseos  
La multitud agolpada,  
Correos y mas correos  
Salen de toda embajada.

Cuando Cristina llegó  
De Francia á la capital,  
La fama le notició

Que la nacion confirió  
La rejencia á su rival,

Y aunque esta nueva no estraña,  
Su corazon atraviesa,  
Pues dice con mucha saña:  
»Duque, sabrás cuanto pesa  
Esa rejencia de España.

A pesar de tu destreza,  
Espartero, menguarás;  
Te embriagará tu grandeza,  
Y en tu altura sentirás  
Que se te va la cabeza.

Aunque enemigos venciste  
Cara á cara y mano á mano  
Ya en el monte, ya en el llano,  
La táctica no aprendiste  
Con que lucha el cortesano.

Has arrollado, Espartero,  
Muchas huestes enemigas,  
Mas no acaricies tu acero,  
Porque es poco valedero

En una guerra de intrigas.

En palacio no se lucha  
Como luchaste en el norte,  
Do tu fortuna fué mucha ;  
Requiere gente mas ducha  
La estrategia de la corte.

El pueblo es tu pedestal  
Y este pedestal es falso ;  
Teme su poder fatal,  
Que hace de un trono un cadalso,  
De una corona un dogal.

Entre tí y el pueblo rota  
Pronto la alianza ha de ser,  
Y entonces iré yo á ver  
Que te silva en la picota  
Quien te aplaudió en el poder.

Tambien á mi como á tí  
El pueblo me alhagó un dia,  
Tambien como tú yo ví  
Esa hiena que lamia  
La mano con que la herí.

Y ahora miráme ausente,  
Y tu posicion medita,  
Que aunque es mi suerte inclemente,  
Puede una reina proscrita  
Mas que un villano rejente .

Si, que en Francia con paciencia,  
Mientras espio mi yerro,  
Haré ver que mas potencia  
Ha Cristina en el destierro  
Que Espartero en la rejencia.

Desde tu altura, Espartero,  
No escarnezcas mi dolor ;  
Vencida soy porque quiero ;  
Para vencerte mejor,  
Me dejé vencer primero.

Guerrero de limpia espada.  
Nombre claro y fama pura,  
¿Ignoras tú por ventura  
Que una buena retirada  
Acaso el triunfo asegura?

En la palaciega lid

Retiradas hay también  
Que son falsas y de ardid ;  
Aqui, Espartero, estoy bien,  
Mejor aqui que en Madrid.

Ya gané la posicion  
Desde la cual lucharé,  
Hasta que al fin la nacion  
Que aborrezco, bajo el pié  
Forceje de esta Borbon.

Yo cebaré mis furoros,  
Que para vengarme tengo  
Elementos los mejores,  
Pues á mas de mi abolengo  
Me da el sexo defensores.

Poseo la simpatía  
De mi tio el rey de Francia,  
Quien con su mucha maestria  
Y acostumbrada constancia  
Urdirá la intriga mia.

Riquezas conservo inmensas,  
Y abierta mi mano está

Prodigando recompensas,  
Y bien pronto comprará  
Tal vez al que menos piensas.

Que yo con amaño vil  
Halagando de mil modos  
Al retrógrado, al servil  
Y á los descontentos todos,  
Sembraré guerra civil.

Finjiéndome arrepentida,  
A los pies del padre santo  
Me postraré compunjida,  
Como queriendo con llanto  
Borrar yerros de la vida.

Diré que incrédula España  
Mancha su santa diadema,  
Y provocando su saña  
Le pediré el anatema  
Con que á los bobos engaña.

Ajentes enmascarados  
Con políticos disfraces,  
De mil puntos destacados,

Pondrán pronto á tus secuaces  
Del todo desconcertados.

Y luego que la opinion  
De los mas incautos tuerza,  
Levantaré mi pendon,  
Y tu caerás, que la fuerza  
Solo consiste en la union.

Procuraré que tambien  
Tú, cual yo en tiempos mejores,  
Cercado estés de traidores  
Que hacer te impidan el bien  
Y que aplaudan tus errores.

Tú adulado cejarás  
En un golfo de extravíos,  
Y tarde conocerás  
Que son partidarios míos  
Los que por tuyos tendrás.

Amigos tu proceder  
Te enajenará bien pronto,  
Y hasta odiarán tu poder,  
Que al cabo te han de tener

Por muy malo ó por muy tonto.

Y si este plan infernal  
No te derriba, un felon  
Buscaré, un hombre venal  
Que coloque en su puñal  
Por vaina tu corazon.

Teme, Espartero, mi saña ;  
Para dar cima á mi empresa  
Constancia me sobra y maña ;  
Pronto sabrás cuanto pesa  
Esa rejencia de España.»

Dijo Cristina, y despues  
Que mostró sus arterias,  
En busca de simpatías  
Para ver al rey frances  
Entróse en las Tullerías.

Hay, duque, jente embozada,  
Canalla de alma ratera,  
Y si no ves la celada,  
Tras la rejencia te espera  
La plaza de la Cebada.

¡Ay de tí si envanecido  
Con la dignidad de rey,  
Echas un día en olvido  
Que en la altura á que has subido  
Tienes encima la ley!

De tu puesto soberano  
Es solo, Espartero, digno  
Quien con la ley en la mano  
Sin ser débil es benigno  
Y fuerte sin ser tirano,

No como á tu antecesora  
Te cerque vil camarilla  
Que, á tí y al pueblo traidora,  
Impida llegue á tu silla  
La voz del pueblo que llora,

Son tus amigos sinceros  
Los que muestran tus errores;  
Sean pues tus consejeros  
Entendidos, bienhechores  
Y hasta contigo severos.

No te fuerze la ambicion

A quebrantar tu promesa,  
Que has jurado á la nacion  
Conservarla siempre ilesa  
Su santa Constitucion.

Y será tu gloria inmensa,  
Y tu poder al abrigo  
Estará de toda ofensa,  
Si á los malos das castigo  
Y á los buenos recompensa.

Tolerante en consecuencia  
Con la opinion has de ser,  
Porque la mayor violencia  
Nunca ha podido imponer  
Una ley á la conciencia.

Proteje la agricultura,  
Comercio y artes fomenta  
Porque esto solo asegura  
Un poder que se cimienta  
En la jeneral ventura.

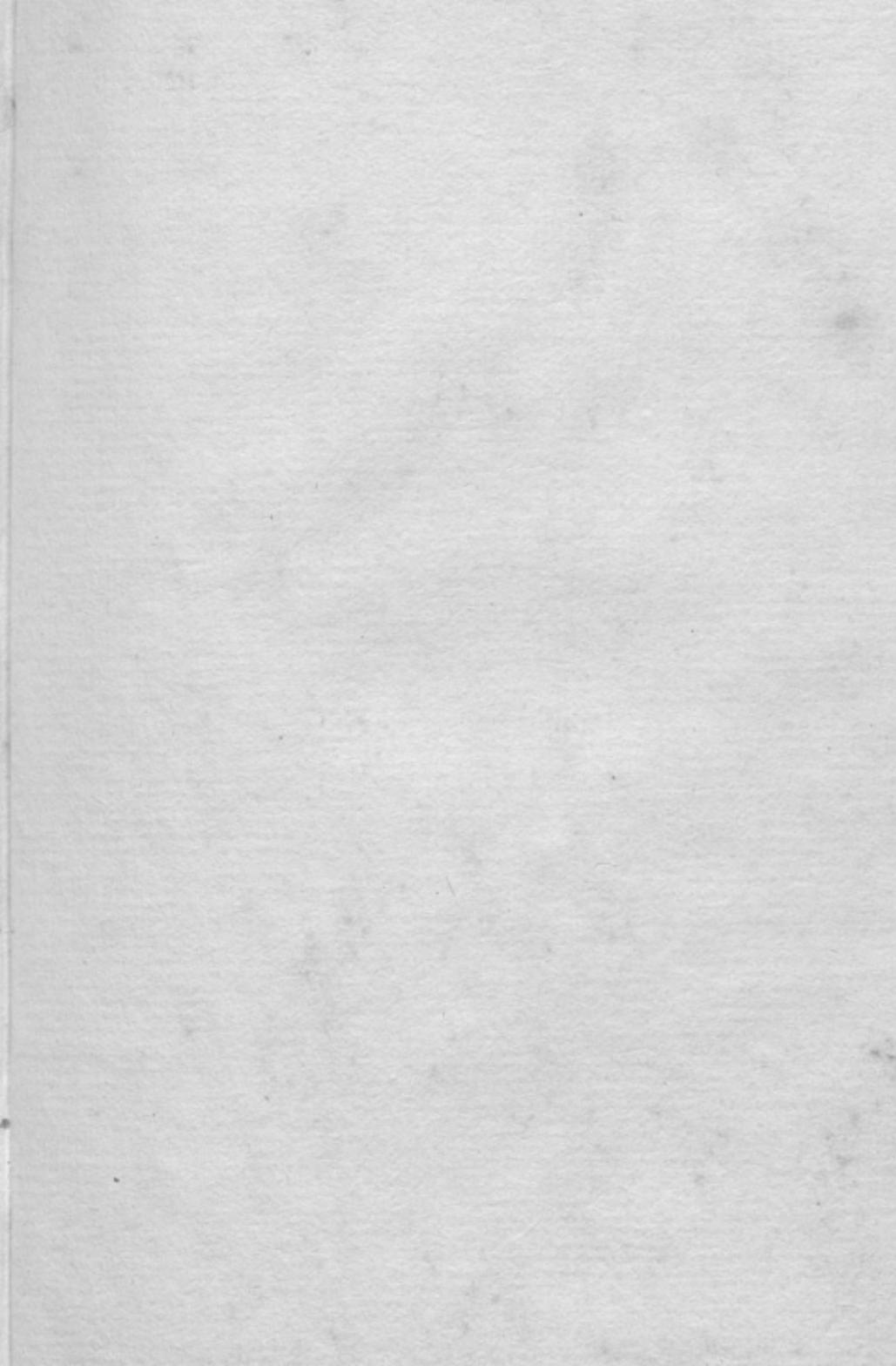
Ante la ley sea igual  
El mendigo al potentado,

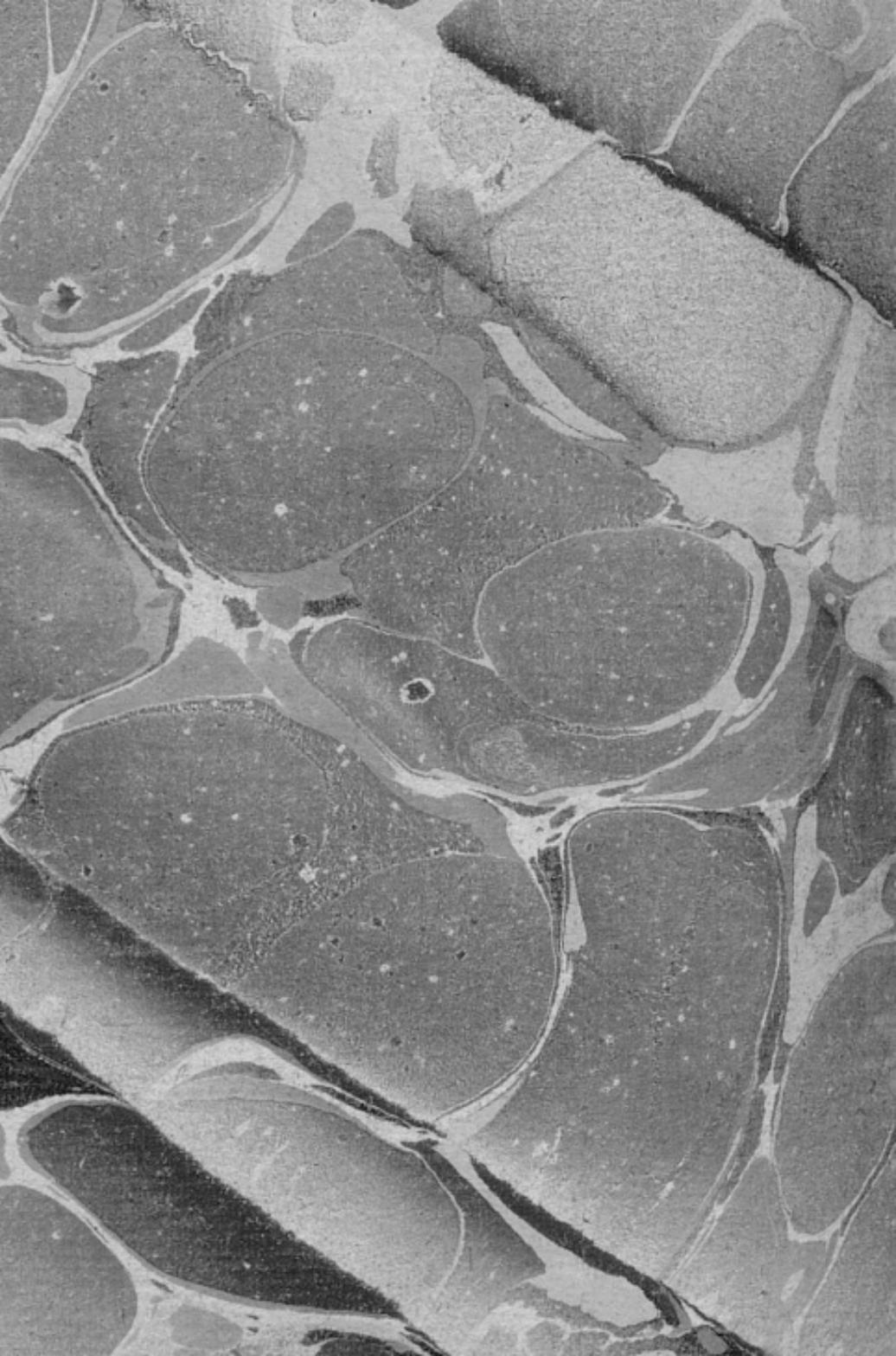
Y á los pies del tribunal  
Sea no mas que el pecado  
Quien condene al criminal.

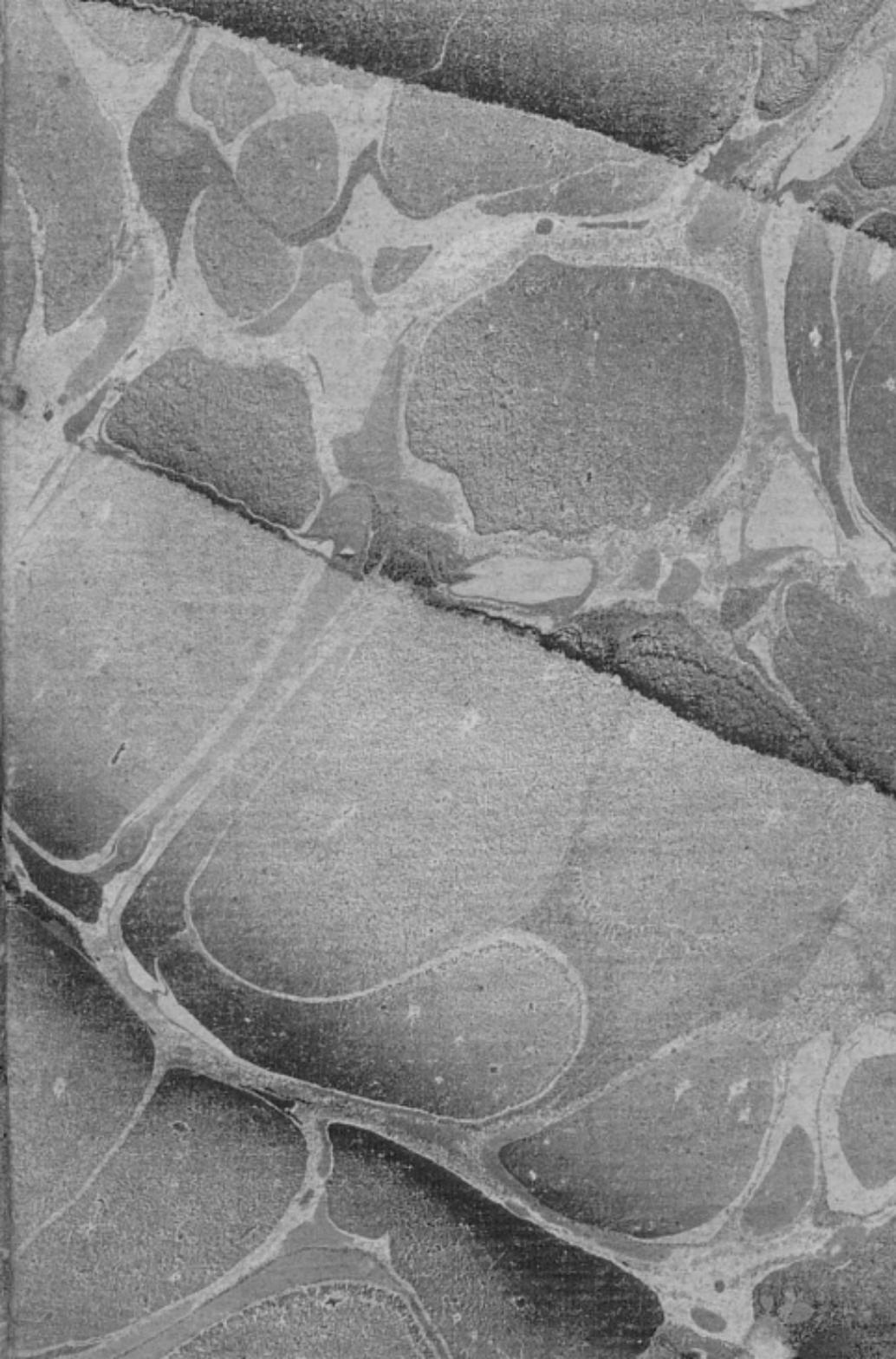
Se recto, se justiciero,  
Y de Cristina la 'intriga  
No te amilane, Espartero,  
Aunque forme estrecha liga  
Para hundirte el orbe entero.



- 80 Tres cortas bronceadas...
- 81 Idos vos, Martin Polanco...
- 82 A Toledo para el...
- 83 Despues de...
- 84 Hechame, ahora...
- 85 En las Cortes de Toledo...
- 86 En las Cortes de Toledo...
- 87 En se parte de Toledo...
- 88 In se parte de Toledo...
- 89 De que...
- 90 Holo, holo...
- 91 Muy doliente...
- 92 La que a...
- 93 En...
- 94 Atención...
- 95 Y en...
- 96 En...
- 97 Madrid...











ESPARTERO  
EL CID

G 38411